



ÉPOCA 3.^a — AÑO VI. — TOMO VI.

NÚMERO 13. — Madrid, 5 de Noviembre de 1882.

NÚMERO SUELTO, DOS REALES.

PRECIOS DE SUSCRICIÓN.

MADRID Y PROVINCIAS.

Seis meses..... 30 rs.
Un año..... 60 »

CUBA Y PUERTO-RICO.

Seis meses..... 2 ½ ps.
Un año..... 4 »

DIRECTOR

DON MANUEL PÉREZ VILLAMIL

ADMINISTRACIÓN

PELIGROS, 20, SEGUNDO

PRECIOS DE SUSCRICIÓN.

EXTRANJERO.

Seis meses..... 11 fr.
Un año..... 21 »

FILIPINAS Y MÉJICO.

Seis meses..... 3 ½ ps.
Un año..... 6 »

SUMARIO

TEXTO. — Revista, por Nulema. — Crónica, por D. Isern. — La Barca de Pedro, por C. P. Maldonado. — Historia de la invención de la máquina de vapor. — En el cementerio, poesía, por M. García Rey. — El infeliz Santiago (Conclusión), por Paul Feval. — Ilustrísimo Sr. Dr. D. José Morgades y Gili. — La campana mortuoria, poesía, por D. Ildefonso Llorente Fernández. — Los grabados. — Bibliografía, por M. P. Villamil. — La Señorita de Newville, novela, por Matilde Bourdon. — Geroglífico. — Anuncios.

GRABADOS. — Ilmo. Sr. Dr. D. José Morgades y Gili. — El entierro de San Lorenzo, cuadro de D. Alejo Vera. — La Barca de San Pedro. — Tipos nacionales: Roncaleses.

REVISTA

La causa formada á los criminales de Montceaux-Mines ha revelado la existencia de una gran conjuración extendida por toda Europa contra las bases fundamentales de la sociedad humana.

Es una nube que nosotros los católicos hemos visto formarse con los vapores pestilentes de la Revolución, y cuyas iras venimos anunciando hace años, sin que los partidarios de las diversas escuelas liberales nos hayan dado oídos, como si nuestras alarmas fuesen sueños y delirios de un peximismo sistemático.

Desde que la Revolución se apoderó de los bienes de la Iglesia, violando el derecho de propiedad y atentando contra la autoridad de Dios, el socialismo tuvo una base en qué apoyarse para levantar el ariete de sus odios y de sus venganzas. Si la propiedad de la Iglesia, cuyos frutos se invierten en beneficio de los pobres y en el servicio de Dios, no merece respeto de los Gobiernos, ni está garantida por el derecho moderno, ¿por qué nosotros pobres y desheredados á quien se nos dice que todo lo hemos de esperar de esta vida y nada de la futura, desmentida por la ciencia, hemos de respetar la propiedad de los ricos, cuyas rentas se consumen tal vez en soberbios despilfarros?

Los Gobiernos faltos de fuerza moral que debiera darles la justicia y el cumplimiento de las leyes de Dios, apelaron á la fuerza de las armas; pero los pobres sin religión, arrastrados por la lógica de los sucesos, dijeron: «Somos los más; aunemos nuestras fuerzas, y las armas, única garantía de esos derechos sin base, caerán en nuestras manos, dándonos la suprema razón del derecho moderno.

Así se ha formado esa nube tenebrosa que se cierne amenazadora sobre Europa, nube de odios y de venganzas implacables, fruto de los atentados de la Revolución contra la Iglesia, azote de la justicia eterna contra los crímenes de estos tiempos.

Los desórdenes de Montceau-les-Mines han sido un relámpago de esa nube espantosa, y á la luz de ese relámpago Francia ha podido ver el abismo en que se hunde y las deshechas borrascas que se le vienen encima.

Mientras el gobierno de la República expulsaba de su territorio á los religiosos, pacíficos ciudadanos ocupados siempre en afianzar las bases de la sociedad por medio de la enseñanza y de los buenos ejemplos; mientras se cerraban los conventos, planteles de ciudadanos virtuosos y de instituciones benéficas, el socialismo, como se ha visto ahora, organizaba sus huestes, abría nuevas logias, extendía la red de sus conspiraciones y preparaba á ciencia y paciencia, ó más bien bajo el amparo de los poderes públicos la tremenda conjuración que acaba de descubrirse.

¿Y puede creerse que los partidarios del derecho moderno, á vista de estos hechos, se mantienen en sus puestos por convicciones de ciencia, de corazón ó de patriotismo?

Imposible; ya se ha hecho la luz y hasta los ciegos pueden ver la claridad de los relámpagos con que se anuncian las tempestades socialistas.

Francia se nos muestra en inminente peligro de muerte; está envenenada hasta la medula de los huesos; y no obstante, sus gobiernos persisten en combatir, nó al socialismo que blande la tea incendiaria, sino al catolicismo, que ofrece generosamente su sangre para apagar los fuegos de la Revolución.

Y lo peor es que Francia ocupa el centro de este círculo de hierro en que las naciones modernas giran sin descanso, arrastradas por el vértigo de la

impiedad; cuando estalle la tempestad ¿á donde llegará el estrago de sus rayos y la inundación de sus aguas asoladoras?

Pensar en esto, llena el corazón de terribles angustias; volvamos cómodamente la espalda al azote, para recrearnos con los placeres de la vida moderna.

El último domingo se agolpaba *todo Madrid* á las puertas del Retiro para presenciar la ascensión aereostática de Mr. Mayet, á quien debía acompañar un joven periodista. La novedad nos seduce, y cansados ya de los viajes terrestres y marítimos, contemplamos los viajes aéreos como una esperanza lisonjera.

Las ascensiones de Mr. Mayet interesan, porque el intrépido areonauta es un hombre al fin que puede estrellarse; pero como lo tiene de oficio parece que su personalidad se distingue de la nuestra, y que sus viajes tienen algo de la ficción del artista. No así con la ascensión de un caballero particular que vive entre nosotros, que tiene aquí amigos que le tratan y público que le conoce.

La novedad era extraordinaria y los madrileños acudieron en tropel ha convencerse de que un simple mortal puede elevarse en un instante sin pasar por el Congreso, á las más altas posiciones de la Corte, empujado por viento favorable y arrastrado por el humo de la popularidad.

El periodista subió y bajó sin novedad, asentando su reputación sobre el aire.

Pero si la fiesta del domingo pasado fué sorprendente, la del jueves fué maravillosa. Una señorita, nada menos que una señorita acompañó al capitán Mayet en su expedición aérea, elevándose sobre todas las señoritas de Madrid sin galas, sin blondas, sin afeites sin lujo de ninguna clase; suponemos que vestida de caballero.

Evidentemente esta señorita tuvo muchos admiradores; pero no hubo ninguno que se dejase arrastrar por el atractivo de su belleza. Los más entusiastas esperarían á que descendiese, siquiera para poder envanecerse de su buena elección diciendo:

— «Amo á una mujer que ha bajado del cielo.»

Mr. Mayet va á hacer negocio: su globo lleno de humo es un imán para esta sociedad frívola que se agita como una pluma al menor soplo de viento. ¿Qué mejores filones, dirá él, que el humo y el aire? Explotar estos elementos equivale á hacerse dueño de los ejes sobre que gira la sociedad moderna.

La pólvora, el petróleo, la dinamita ¿qué serían sin el humo y sin el aire? El aire es padre del fuego y el humo su hijo. El globo de Mr. Mayet debe ser como el hogar de la sociedad, donde viajamos todos sin rumbo conocido, en peligro constante de estrellarnos por algún descuido del capitán areonauta.



ILMO. SR. DR. D. JOSÉ MORGADES Y GILI,
Obispo de Vich.

Ayuntamiento de Madrid

El catálogo de nuestros hombres célebres, acaba de aumentarse con el de un muchacho aragonés sacado de la oscuridad por las piernas de Mr. Bargosi.

Mariano Bielsa (*Chistavin*) vencedor del andarín italiano en la plaza de Zaragoza, ha dejado su cartera de peatón para venir á disfrutar en Madrid de los halagos de la fama ¡Qué ajeno estaría él, hace un mes, de pensar que tenía en sus piernas ligeras un tesoro con que hacerse célebre en España! Ochenta vueltas en el redondel le han convertido en un héroe, y no será extraño que esas ochenta vueltas le aseguren un porvenir venturoso.

La suerte tiene singulares caprichos y lo mismo hunde á un prócer que enaltece á un gañán.

Al joven aragonés le ha tocado una caricia, y vedlo pasearse por las calles de Madrid con la propopeya de un magnate.

El mérito de este muchacho estriba en una facultad que es más propia de galgos; de modo que si bien al andarín no le deshonra, porque la posea sin vanidad y sin alarde, en cambio no acredita mucho á la sociedad que la aclama, aplaudiendo en un hombre propiedades que poseen los animales.

El orden natural de las cosas se ha invertido completamente: vamos al Circo y aplaudimos en los animales cualidades propias de los hombres, el instinto maravilloso que los hace ejecutar actos que parecen inteligentes; en cambio, en aquellos mismos sitios ó en otros semejantes aplaudimos en los hombres cualidades más propias de los animales; la fuerza, la agilidad y otras parecidas, que son expresión de un gran desarrollo del organismo material.

Así va el mundo: lo que no sabemos bien es á donde va. Ya lo dirá el tiempo.

**

Volvamos la vista á campo más risueño y fecundo en olorosas flores.

Alguna persona, para nosotros muy respetable y muy querida, ha creído ver en el párrafo que en la crónica anterior dedicábamos á las romerías, una depreciación de la centenaria de Santa Teresa. Nada de eso, nuestra apreciación tenía otro objeto, pues en manera ninguna podíamos decir mal de una peregrinación tan fervorosa como la de Alba de Tormes, presidida por insignes Prelados y sobre todo por el sabio y celosísimo de Salamanca.

Nosotros queríamos echar á buena parte la conducta de algunos católicos recelosos, que se alarmaron de ver figurar en la junta del centenario á hombres de marcadas ideas liberales; pero estamos ciertos, y se ha visto, que ni la intervención de esos hombres ha desnaturalizado la fiesta, ni ellos han tomado otra parte que la puramente figurativa — por decirlo así — como era de esperarse de sus sentimientos revolucionarios.

La romería, ó más bien, las romerías al sepulcro de Santa Teresa han sido, según nos cuentan amigos nuestros, hermosas manifestaciones de la piedad española, realizadas con el concurso de numerosos extranjeros.

**

A propósito de las fiestas de Santa Teresa, nos complacemos en coadyuvar con la inserción de la siguiente invitación, al pensamiento altamente laudable que en ella se propone á las *Terasas* españolas:

«De cuantas comunidades de religiosas existían en la capital de España medio siglo há, sólo una ha desaparecido: la que tenía por titular á la compatrona de España, la de Religiosas Carmelitas de Santa Teresa. Situado su antiguo y modesto convento en un humilde rincón de esta corte, vió pasar los siglos con sus vaivenes, hasta que en 1869 fueron lanzadas de él sus moradoras á un asilo en los montes del Pardo y derribada su casa é iglesia. Si tan infuente tropello de derechos incuestionables se llevó á cabo en días de infausta memoria; si esa página de iniquidad no puede borrarse, ¿no será por ventura ocasión propicia la que nos ofrece la llegada del tercer Centenario de nuestra gloriosa compatriota para reparar tamaña injusticia, devolviendo á la capital de España un templo y un convento que lleven el nombre de la Reformadora de la Orden Carmelitana? Creemos que á nuestra propuesta responderá afirmativamente la totalidad de los católicos españoles; y con este fin nos ha ocurrido el siguiente medio, que nos parece tan sencillo como eficaz, á saber:

En cada feligresía del reino formar una especie de Congregación los católicos de toda condición y edad, cuyo nombre de pila sea Teresa; contribuir con diez céntimos de peseta los que no puedan hacer mayor sacrificio, dejando en libertad de ampliar indefinidamente esta cuota á los congregantes que, junto con su amor á la Seráfica Doctora, reunan la circunstancia de poseer bienes de fortuna.

Entregadas las limosnas que cada feligrés recaude á sus Párrocos respectivos, éstos se dignarán remi-

tirlas á la Congregación de Teresas que se formase en Madrid, la cual, en vista del resultado de la cuestión, ó procederá desde luego á edificar en esta corte un convento é iglesia modestos para las hijas de Teresa, ó si, contra lo que confiadamente esperamos, la recaudación no diese lo suficiente para este objeto, entonces su producto íntegro se entregará como limosna á la Comunidad hoy situada en el Pardo para atender á sus más apremiantes necesidades: y de este modo, si no en todo, en parte al menos podría llevarse el consuelo á aquel puñado de vírgenes del Señor que hoy se ven desterradas de su casa.

Tal es el obsequio que proponemos á las TERESAS españolas.»

Esta invitación es del Ilmo. Sr. D. Ramón de Ezenarro, auditor-fiscal del Tribunal de la Rota.

**

En un mismo día nos ha enterado el telégrafo de dos nuevos incendios de teatros, uno en Barcelona y otro en Nueva-York; y aunque por fortuna no han ocurrido desgracias personales, la frecuencia con que estos siniestros se repiten deben hacer temblar á los cortesanos de Talía.

En Madrid tenemos este año veintitres, dos más que el año pasado, y siguiendo á este paso, á la vuelta de una docena de años tendremos uno en cada calle, para recreo cotidiano de los vecinos del barrio.

Y no es lo peor que se abran tantos teatros, sino que á la par de los teatros van los bailes públicos, focos de inmoralidad y de crímenes, verdaderas antenas de hospitales y presidios.

La corrupción en este punto llega al extremo de haberse anunciado en carteles y periódicos bailes de esta clase para la tarde y noche de Animas; es decir, que á la hora en que toda familia cristiana y toda persona de corazón se consagraba á orar, ó por lo menos á pensar en sus parientes difuntos, en medio de Madrid y á la vista de todo el mundo, se abrían los salones de esos bailes escandalosos, y una turba de jóvenes los invadía, para olvidar en el vértigo de la danza los funebres recuerdos de los muertos.

¿No se prohíben á toda hora los juegos de azar como funestos para la paz de las familias? ¿Pues por qué no se prohíben, siquiera en días tan solemnes, esos bailes escandalosos, semilleros de tantos desórdenes para la sociedad?

La tarde y la noche de Animas debieran ser de luto y de recogimiento para todas las familias; son horas de pensar en la muerte que nos arrebató personas queridas, que nos arrebatará muchas de las que hoy amamos, y que nos arrebatará á nosotros mismos, hundiéndonos á todos en los abismos insondables de la eternidad.

Ni bailes, ni teatros, ni diversiones de ninguna clase debieran tolerarse: la sociedad debiera guardar el luto de sus miembros perdidos, obligando á los que viven á pagar ese tributo de respeto á la soberanía de la muerte.

**

Declina el otoño con sus mañanas frías y sus tardes melancólicas. El campo se empieza á poblar de esqueletos, que no son otra cosa los árboles sin hoja, y toda la naturaleza se adormece, para dejar al viento y al agua que renueven sus veneros de vida, agotados por las cosechas.

Entramos en el invierno, donde nos dejará el año que corre y se encargará de nosotros el año que viene. ¿Por qué extraña coincidencia trasbordamos, por decirlo así, de un año á otro en el rigor de los fríos, y muchas veces bajo el sudario de las nieves?

El invierno, mirado por este prisma, es una estación triste; pero ¡qué alegre y regocijada contemplado á la luz de los teatros, de los salones y de las grandes fiestas!

¡Oh, si como se combate el frío del invierno pudiera combatirse el frío de la muerte!

NULEMA.

CRÓNICA

Cuando el cielo aparece cubierto de negras nubes amenazando grandes tormentas, vuélvese la vista al primer rayo de luz que brilla en el horizonte. Así nosotros, apartando los ojos llenos de tristeza de la Europa latina, los volvemos en este momento á Alemania, donde encuentra el corazón motivos de consuelo y de alegría.

Es que en la cuna misma del protestantismo acaban de alcanzar nuestros hermanos de Prusia una grande y señalada victoria, que influirá seguramente en el modo de ser de la Iglesia y de sus fieles hijos en aquel reino.

El 26 del pasado Octubre se celebraron las elec-

ciones generales de diputados para el Landtag prusiano, y el Centro, que antes del Kulturkampf contaba apenas treinta representantes en dicho Parlamento, que inmediatamente después de entablada la lucha entre la Iglesia y el Estado, duplicó dicho número, que en 1878 logró sacar triunfantes de las urnas á 89 de sus candidatos, que en 1879 hizo que el número de sus candidatos triunfantes se elevara á 98, ha conseguido esta vez que el número de sus miembros se eleve á 101.

Unidos á estos valerosos defensores de la causa católica los 18 polacos también elegidos, resulta que es imposible que el gobierno pueda formar una mayoría que le apoye, sin contar con su concurso.

De los demás partidos, sólo ha salido favorecido de la contienda el conservador puro, aliado del Centro desde la votación del último compromiso político-ecclesiástico. Los progresistas y unionistas conservan sus antiguas posiciones. Los liberales-nacionales han perdido trece representaciones, justo castigo de su afán incesante por encender cada vez más el fuego de la lucha político-religiosa.

Los amigos del partido liberal-nacional, los conservadores-liberales, sólo se han librado de sufrir más considerables pérdidas por el apoyo decidido que les han prestado todos los elementos oficiales.

Bismarck se encuentra en frente de la siguiente disyuntiva: O celebra la paz con los católicos, ó se queda sin verdadera mayoría en el Parlamento.

No tardará en saber por qué camino se propone llegar á los oscuros fines de su política.

**

Fijémonos ahora en un espectáculo que hasta cierto punto nos es en sí mismo indiferente, por más que no nos lo sea en las consecuencias que pueda producir en lo porvenir.

Italia, mejor dicho, la Italia liberal está en acción.

El 28 tuvieron lugar en aquella península las elecciones generales primarias de diputados, y en los momentos en que verán la luz pública estas líneas, tendrán lugar las secundarias ó definitivas.

Por el partido á que pertenecen los compromisarios elegidos, puede anunciarse con seguridad de no equivocarse, cuál será el resultado final de la contienda.

El gobierno aumentará el número de los diputados de la mayoría á costa de las fracciones progresistas disidentes.

Los moderados de la extrema derecha y los conservadores-liberales de Minghetti, conservarán sus antiguas posiciones. Los republicanos declarados y los socialistas, lograrán una representación si no muy numerosa, por lo menos muy guerrera y atrevida.

Consignemos varios hechos. La abstención de los católicos ha sido fatal á la seriedad del Parlamento. La inmensa mayoría de los candidatos electos lo serán solo por débiles minorías.

Ni aun en las grandes capitales han alcanzado los liberales de Italia á sacar de su retraimiento el cuerpo electoral.

El titulado reino de Italia es un árbol que se secará sin dar frutos que no sean de perdición, porque es obra maldita por la justicia de Dios y de los hombres.

**

Es imposible que dejemos de hablar de Francia, de esa nación nobilísima, entregada por las divisiones y las debilidades de los buenos, á una turba de dementes y de malvados. Desgraciadamente los males no se curan por apartar la vista de ellos, ni aun por olvidarlos.

Pasemos sobre ciertos hechos como sobre ascuas.

La Revolución avanza tan rápidamente, que deja atrás aun á los que han sido sus más decididos apóstoles. En el circo Fernando de París ha sido silbado M. Clemenceau por sus electores, por haber condenado el atentado de Lyon, en el que un cartucho de dinamita, disparado en una fonda, causó innumerables víctimas. En otras Asambleas revolucionarias se pronuncian violentas apologías del puñal y del petróleo.

Un sectario ha ofrecido en una reunión pública de Lyon asesinar al presidente de la República, supuesto que es un obstáculo, ha dicho, para el triunfo de los verdaderos intereses del pueblo.

Cuando se toleran tales reuniones y discursos, ¿puede asombrar que los comunistas sigan adelante en sus proyectos, que se organicen secretamente y de acuerdo con los nihilistas rusos, y que en muchas ciudades y pueblos se impongan por el terror aun á las mismas autoridades?

Lo más triste es que la corrupción de las costumbres avanza tan rápidamente como la Revolución misma. En estos últimos días han publicado los diarios radicales de París entusiastas felicitaciones á varios ciudadanos que han casado, digámoslo así, á sus hijas libremente. Se trata nada menos que de

formar una liga de familias que se comprometan á casar á sus hijos sin intervención alguna de la Iglesia y del Estado.

Claro está que los que así se unan podrán separarse cuando quieran, y que el Estado habrá de encargarse de la conservación y educación de la prole.

Así principian á ponerse en práctica los principios de la *Commune*.

Hora es ya seguramente de que todos los que tienen algo que perder en Francia, todos los que no deseen verse envueltos en el gran naufragio que amenaza á aquel pueblo, piensen en acogerse al único puerto de salvación en que no penetrarán seguramente los vientos y las tempestades que amenazan destruirlo y sumergirlo todo.

La situación de Egipto no puede ser más triste.

Existe un Gobierno presidido por el Khedive, que ejecuta las órdenes que le envían las autoridades inglesas, sin tener ni aun el derecho de reclamar contra las que son evidentemente contrarias á los intereses del pueblo.

Mientras tanto, Arabi-Bajá y los demás generales que lucharon por la independencia de la patria, esperan que el vencedor les dicte la sentencia en la causa que se les ha formado por sediciosos y revolucionarios. ¡Sediciosos los que hasta última hora obedecieron las órdenes del Sultan, único soberano legítimo en Egipto!

El Khedive podrá gloriarse todo lo que se quiera de su triunfo. Pero jamás podrá borrar de su frente la horrible mancha de haber entregado su patria á la dominación extranjera, ni captarse las simpatías ni el amor de su pueblo.

Las Revistas militares de Alemania dicen que todavía no ha llegado la hora de escribir la historia de la campaña de sir Garnet Volseley en las orillas del Nilo; pero que, cuando llegue el momento oportuno, se verá claramente que los ingleses no han triunfado ni por el valor y estrategia de sus generales, ni por la excelencia de sus tropas. A otras causas deben su triunfo.

Mientras tanto las escuelas católicas, los colegios y las misiones de Alejandría; los hospicios de Port-Said y del Cairo; los conventos de religiosos y de religiosas, ó se hallan convertidos en ruinas, ó sumidos en la mayor miseria.

Los ingleses y el khedive no dispensan á los católicos la protección que les dispensaron siempre Arabi-Bajá y los suyos.

El príncipe de Bismarck, impresionado sin duda por el resultado final de las últimas elecciones generales para el Landtag prusiano, acaba de llevar á cabo algunos actos de reparadora justicia respecto de los católicos.

Ha autorizado á las religiosas del Monasterio de la Misericordia y de San Francisco de Anchen para admitir hasta sesenta novicias.

Al momento se han presentado cuarenta y dos estancias, y el 30 del mes pasado fueron admitidas como novicias todas las que lo habían solicitado.

Entre éstas se encuentra la condesa de Vilters, hija del conde de Vilters, que fué por largo tiempo gobernador de Coblenza, y que en la época del Kulturkampf fué trasladado á Francfort, á sus instancias.

También ha concedido autorización el Gobierno prusiano para que las hermanas de la Caridad se encarguen de la dirección de los hospitales de diez poblaciones diversas, y para que pueda aumentarse considerablemente el número de estos apóstoles de la caridad.

La prensa protestante declama furiosamente contra estos actos de reparadora justicia llevados á cabo por el príncipe de Bismarck.

Debemos terminar esta crónica con dos noticias cuya importancia no está claramente definida.

La del atentado contra el rey Milán de Servia, y la de la muerte del Bey que ha tenido la debilidad de entregar la regencia de Túnez á los franceses, sin intentar siquiera alentar la valerosa defensa de la patria, intentada por sus súbditos.

Respecto del atentado contra el rey Milán, lo cierto es que mientras unos aseguran que es obra del partido revolucionario, amigo de Rusia, los jefes de este partido, la prensa austriaca y la autora del atentado afirman que este ha sido producto tan sólo de una venganza personal.

La regicida, cuyo plan frustró la Providencia, es viuda de un militar mandado fusilar después de la guerra turco-rusa, por gravísimas faltas contra la Ordenanza.

El tiempo se encargará de aclarar lo que hoy pa-

rece oscuro. De todos modos no cabe dudar de que las ideas que dominan en las sociedades modernas han influido más ó menos en estos atentados.

Abran los ojos los Gobiernos, y vean lo que se empeñan desgraciadamente en no ver.

Respecto de la muerte del Bey de Túnez sólo diremos que en el estado actual de los asuntos de aquella regencia, la dignidad y el cargo de Bey han perdido toda su importancia. El Bey difunto como el nuevo Bey son sólo lo que los franceses quieren que sean, y hacen lo que estos quieren que hagan.

D. ISERN.

LA BARCA DE PEDRO

NORMÍA!.. Como duerme el niño á pesar de el rumor de la tormenta que parece querer interrumpir su tranquilo é inocente sueño. Como dormía Moisés mecido por las ondas del Nilo. Tal como, risueña y tranquila, descansa la inocente criatura mientras se hunde en el seno de su cariñosa madre el alevoso puñal del asino.

Pero lo que realmente es sólo una señal insignificante de la debilidad más extrema, sirve en este caso de gran manifestación del poder infinito.

Así es en efecto. El cuadro que se ofrece á nuestra vista es grandioso. Desencadenase el viento con violencia, y las olas se revuelven agitadas por un torbellino revoltoso y amedrentador. Una frágil barca pugna contra esta tempestad horrible, zozobrando á cada ola que pasa iracunda por encima de cubierta; la cala se inunda de agua y la nave está á punto de irse á pique. La tripulación es gente dedicada á la pesca, y por lo tanto avezada desde muy joven á los azares del mar; pero con todo, tiemblan. ¿Y quién infunde el terror á los que desafiaron con serenidad durante toda su larga vida marítima á las tempestades de más prueba? La gravedad de su situación crítica y excepcional. Grave, gravísimo más que nunca debe ser el peligro, pues que se reconocen impotentes para dominarlo.

Sólo un hombre duerme tranquilo en la popa junto á los demás tripulantes horrorizados. Y ni el furor de los elementos, ni los gritos de terror y ansiedad de los que le acompañan, ni aun el desenlace fatal é inevitable alteran al parecer la seguridad de su sueño reposado. ¡Ellos se estremecen cada vez más y él sigue durmiendo! ¡Qué admirable contraste!

Pues, ¿quién es ese hombre? Esta pregunta excita á sonreír con desprecio al incrédulo positivista, mientras las almas de fe ven traslucir en su frente majestuosa una aureola de gloria que eclipsa á las que reverberan en la fisonomía de los grandes Santos. Salve, Sol de Justicia; Salve, Cristo; Salve, Hijo de Dios vivo.

Aunque duerme en Él la humana naturaleza, alerta está el poder divino. El exacto conocimiento que tiene del peligro, no puede amedrentar á Aquél, cuya Voluntad Soberana rige el Orbe y de quien dependen desde los fenómenos más incomprensibles que nos presenta la Naturaleza, hasta el movimiento más insignificante que acciona en el Universo. ¿Qué puede impresionar al Creador de todas las cosas, Soberano del mundo, á quien todo obedece en el cielo y en la tierra? Si las perturbaciones de una máquina de vapor no alarman al artista, á su inventor, hombre al fin, menos pudieran preocupar al Sabio Creador la tempestad que sólo espera sus órdenes para calmarse, ni las olas revoltosas; pero prontas á volver á su estado normal cuando así lo disponga quien las puso en movimiento. Luego ¿por qué temen los que navegan con Él, si en Él tienen depositada su confianza? ¿Puede haber para ellos garantía más segura que su presencia para desechar el temor? Hé aquí lo que sucede nada menos que á sus mismos discípulos.

Y he aquí, también, por qué no habiendo zozobrado la barca en que subió nuestro Señor, tampoco zozobrará jamás la de Pedro, por que nuestro divino Maestro va también en ella embarcado con nosotros y lo irá hasta la consumación de los siglos, según nos tiene prometido.

Es verdad que hoy, lo mismo que en el lago de Genezaret, la tempestad que venía rugiendo hace tiempo, ha concluido por estallar terrible y amenazadora, y que las aguas, impulsadas por esa ráfaga que sacude con rabia, se encarnizan coléricamente contra el escollo en que ondea el glorioso signo de la Cruz. Mucho tiempo hace que viene provocando sus iras; pero llegó la hora en que debe estrellarse en pedazos, anonadarse para siempre y hundirse en su profundo seno.

Entre los que componemos la tripulación, más de uno, despreciando los prudentes consejos del piloto y persistiendo en arrojar al abismo, se ha precipitado á esa mar borrascosa, en cuyo seno desapa-

reció, y lo que es de sentir quizás, sin esperanza de salvación.

Como en los tiempos de Herodes y Pilatos, Nuestro Señor presencia impasible é inmóvil la escena de desolación, dejando sucederse los acontecimientos, esto es, está durmiendo; pero ¿por qué? porque nosotros no sabemos despertarle.

Pero no temais, ahí teneis á Pedro, presto á despertar á su amo en nuestro socorro. Ahí teneis á Pedro, encarnado en nuestro venerable é inmortal pastor; á Pedro, digno sucesor del Príncipe de los Apóstoles; al bueno y grandioso Pedro, que para dirigir la barca que se le confiara, cual marino consulta la brújula, así fija constantemente su mirada en la faz adorable de nuestro Jesús misericordioso. En esa brújula divina encontrará las inspiraciones que le han de guiar para conducir al puerto á los que le son adictos, pues no ignora que sólo de ella puede venir la salvación, y que teniendo en ella fijados los ojos, le basta para apartar del corazón hasta las menores impresiones de temor que debe combatirse como culpable impiedad.

¡Con qué calma, con qué noble é imponente serenidad, no hacer frente á esa malhadada tempestad, una de las más formidables que han derribado la Sociedad! No es porque en lo más recio del peligro hagan supremas tentativas para despertar á tu Divino Maestro; sino que tal vez tu voz, demasiado débil para que llegue á oídos del Señor, es arrollada y aniquilada por el huracán.

Ten confianza y sigue despertándole, porque si algún día te fuera dado ver sus ojos deslumbrados de gloria y amor (tu martirio se hace cada vez más meritorio cuanto más se prolonga) tendrás la consoladora alegría de ver florear en su boca sagrada la dulce sonrisa, y sus labios adorables no podrán acusarte como en otro tiempo acusó á los incrédulos diciéndoles: *Hombre de poca fe, ¿por qué dudas?* ¡Oh santo y fiel servidor, qué corona tan bella y resplandeciente te está reservada en el Cielo!

Pero mientras tanto, ¿qué hacemos nosotros? ¿En qué pensamos?

Nosotros, que tenemos la dicha de ir á bordo, guarecidos en esta barca que resiste á los desesperados esfuerzos de un mar furioso, ¿qué hacemos? ¡Ay! En vez de ayudar á los que la dirigen, antes por el contrario, solemos poner trabas al acertado derrotero, paralizándolo sus movimientos.

Estamos presenciando que las embarcaciones más sólidas y poderosas en cuya construcción ha desplegado la industria humana todos los recursos del genio, sucumben con el timón y mastil hechos pedazos, y sin embargo, estos acontecimientos ejemplares no nos conmueve, ni nuestros corazones, sumidos en el egoísmo de la ingratitud, no sienten ningún acto de reconocimiento hacia la misericordia de Dios, que nos defiende y conserva, á pesar de la muerte mil veces merecida.

Testigos inmóviles de lucha tan gigantesca, estamos abrazados al mastil en cuya punta flota el estandarte del Cristo: *Salve ó Cruz*. Pero, ¿cómo procuramos con simpático ardor distinguir entre la maleza de que está lleno el Océano, á los desgraciados que libres del naufragio pudiera salvar todavía una mano amistosa? ¿Ponemos los medios necesarios para atraernos las miras de los que nadan sobre las olas vagando en todos sentidos, como si buscasen descubrir en el horizonte una vela donde refugiarse?

Muy al contrario. Negándonos á beber en un manantial de luz y de ciencia, perdemos lastimosamente el tiempo en disputar y vanas cuestiones, y desgastamos la inteligencia y fuerzas físicas en luchas estériles que degeneran á veces en terribles combates. Sumidos en una falsa seguridad originada por la presunción que hemos de deplorar en nuestra última hora, no queremos pensar en el peligro ni hacer algo para librarnos de él. Esta indiferencia es tanto más culpable cuanto más abnegación reclaman circunstancias tan críticas, y de prolongarse pudiera tal vez ser criminal.

Sacudamos, pues, el sopor que nos enerva, y mostremos al mundo que pertenecemos á esa gran familia que ven la luz en la cumbre del Calvario. Pleguémonos fuertemente agrupados al digno sucesor de nuestro amantísimo padre Pío IX. Respondamos con valor y confianza al llamamiento que nos haga en ocasión de abrir para nosotros los tesoros de la Iglesia, cuyo guarda es y dispensador. Será entonces el preludio de un triunfo glorioso. La mayor parte de los espíritus que tienen fe, creen que nos acercamos á este momento feliz.

¡Ah! Como uniésemos todas nuestras oraciones, por débiles que sean, tratándose del Vicario de Jesucristo, el número supliría á la insuficiencia de cada uno, y cuando más rugiere la tempestad para apagar nuestros clamores, más nosotros levantaríamos la voz para repetir juntos: *Señor, sálvanos que perece-*

mos, y cuando se hubieran arrodillado á los pies de nuestro Soberano Maestro todas las naciones, cuando de todos esos millones de corazones saliese un solo grito de rescate y salvación, el Padre de las misericordias no podría cerrar los oídos á las suplicas de sus hijos.

¡Oh Iglesia Sagrada del Cristo, sufres, pero debes regocijarte, porque si el Dios vengador así lo permite, es también para que se vea su semejanza con tu Hijo, á fin de que comprendamos todavía mejor los merecimientos de su Pasión y Muerte. Pero el día está escrito y fijado en los fallos de la Providencia (y de nosotros depende apresurarlo) en que cediendo la justicia á la bondad, salgas triunfante de estas implacables enemistades que parecían anonadarte, y aparecerán más gloriosa y brillante para vivir y reinar sobre la tierra hasta el fin de los siglos, como monumento perenne de la verdad y omnipotencia de tu Eterno Padre.

C. P. MALDONADO.

HISTORIA

DE LA INVENCIÓN DE LA MÁQUINA DE VAPOR

Siempre ha procurado el hombre sustraerse al trabajo corporal. Por eso su inteligencia, ora aprovechando y combinando las corrientes de agua, ora el ímpetu de los vientos, ha sabido crearse motores auxiliares que, además de facilitar y aumentar sus fuerzas, reportan á la industria, al comercio y á la agricultura, artefactos colosales, medios de transporte y canales de riego y marítimos. Invencciones son estas, cuyo mayor grado de desarrollo y perfeccionamiento parece llegar á su apogeo en nuestro siglo, llamado, en este concepto, de las luces, de la electricidad y del vapor.

Pero á medida que en esta época se adquieren elementos que serían considerados suficientes por los hombres de siglos anteriores, acrecentando la población humana, van haciéndose cada vez mayores las necesidades de la moderna civilización. Sólo así se concibe que sean mirados con indiferencia por unas generaciones lo que hubiera sido asombro y encanto de otras más atrasadas. No á otra causa puede atribuirse la influencia de los motores naturales que hizo nacer, concebir y emprender una nueva aspiración en el alma y un problema en la inteligencia de los hombres científicos del siglo xvii.

Esta aspiración problemática no era, ni mucho menos, de las más importantes. Consistía sencillamente en encontrar un procedimiento para la elevación de agua, el cual fuese más eficaz que los utilizados hasta entonces, diese impulso á los paralizados trabajos de las minas de Cornouallier, del Northumberland, del Joubert, etc., etc., contribuyera ventajosa y económicamente al riego de terrenos fructíferos casi esterilizados por la sequía, y sobre todo que á muchas poblaciones surtiese del precioso líquido tan necesario é imprescindible á la alimentación.

Tal es el problema, sencillísimo en sí, pero de alta trascendencia mecánica, puesto que debía motivar un descubrimiento el más asombroso, más útil y más patentizador de lo que alcanza la inteligencia humana, mejor dicho, de los ideales que realiza la imaginación de los grandes hombres.

El descubrimiento del vapor no fué mas que un corolario del problema de la elevación de aguas. Es decir, que el siglo xvii, ó sea, sus sabios químicos, echaron los cimientos de la civilización moderna y al siglo xix le corresponde, no la ciencia, únicamente la gloria de la terminación de la obra.

Sentada esta verdad incontrastable, entremos de lleno en la investigación de los hombres célebres que con su celo científico contribuyeron más ó menos al descubrimiento de la máquina de vapor.

Hay divergencia de opiniones acerca del verdadero inventor.

Sábase que Newcomen construyó la primera máquina surtidora; que Watt realizó la de vapor, muy económica y capaz de dar impulso á cualquier aparato; que Foulton resolvió prácticamente el problema de la navegación por medio del vapor, y que Stephenson nos dió la locomotora. Estos nombres son ya pronunciados hasta por el vulgo con la admiración y simpatía que se tiene para con los bienhechores de la humanidad.

La celebridad que se tributa á los que concibieron la famosa idea de la máquina de vapor y construyeron un tipo capaz de funcionar útil y eficazmente, es tan legítima como la que debiera tributarse á los humildes y valientes obreros que después de abrir á través de dura y virgen roca, nuevas vías de comunicación, mueren en la oscuridad; pero estos hombres insignes, lo mismo que Cristóbal Colón y Américo Vespucio, y que otros sabios y

descubridores, hubieron primero de templar su alma en el crisol de la desgracia.

La máquina de vapor pasó por todas las contrariedades que dificultan la realización de las grandes invenciones é importantes descubrimientos.

En efecto, poco acostumbrado todavía el siglo xvii á las perpétuas transformaciones del artefacto industrial, no es de extrañar que acogiese con timidez é incredulidad tan maravilloso ingenio, pues que en nuestro siglo, preocupándonos muy poco de las condiciones en que se encontraron sus primeros inventores, nosotros mismos estamos muy lejos de tributarles la honra y gratitud debidas.

Casi todos los sabios que en nuestros días estudian la historia de la máquina de vapor, no siempre examinan debidamente los documentos que versan sobre los primeros ensayos que se hicieron en este motor. Agréguese á esto el que á falta de datos preciosos se dejen llevar de la pasión de patriotismo, y no podrá menos de resultar gran disconformidad en lo que en justicia corresponde á cada inventor.

De aquí el que Inglaterra haga patrimonio absoluto de la invención del vapor á Worcester, Lawry, Nevycomen y aun á Watt; Francia opina que el principal mérito pertenece á Caus y Dionisio Papin, y erigió á este último una estatua en su ciudad natal. También Italia designa á Giovanni Branca y España á Blasco de Garay, y no será difícil llegue un día en que Grecia ponga en pugna con estos nombres el de Hieron, de Alejandría.

Nosotros vamos á prescindir del espíritu de nación en cuanto á la historia, así como también de la teoría del aparato para no cansar á nuestros lectores, concretándonos por lo tanto á referirles la serie de curiosidades porque ha pasado la invención de esta máquina, lo que será indudablemente más agradable y más interesante.

Según hemos dicho anteriormente, fué en el siglo xvii, cuando la máquina de vapor comenzó á funcionar con actividad; pero si hemos de apreciar en lo justo el verdadero mérito de sus inventores, preciso es que nos remontemos á épocas más remotas é inquiramos los verdaderos motivos del uso que se hizo del vapor, empleado como fuerza motriz. De esta suerte, y comparando las invenciones de unas épocas con la de otras, podrá venir en conocimiento del mérito que pertenece á cada uno de los que en pro de esta maquinaria ejercitaron su talento y laboriosidad.

Para ello dividiremos nuestro estudio en tres partes:

1.^a Primeros aparatos térmicos (desde la antigüedad hasta el siglo xvii).

2.^a Primeras máquinas de vapor (siglos xvii y principios de xviii).

3.^a Perfeccionamiento de las máquinas de vapor (siglos xviii y xix.)

PRIMEROS APARATOS TÉRMICOS

Parece ser que los filósofos antiguos ya tenían alguna idea acerca del origen del vapor y su fuerza elástica, como se desprende de lo que dijo Aristóteles: que este fluido se levanta del agua á causa de la acción del calor, que vuelve al estado de líquido cuando se halla bajo la influencia del frío, y que á su poder mecánico en el interior de nuestro planeta, se deben los terremotos.

Hieron, uno de los más sabios escritores que florecieron en la escuela de Alejandría, expone en una de sus obras que adquirió más renombre, una recopilación de todos los conocimientos ya poseídos en sus días y referentes al vapor y sus propiedades. Presentó algunos aparatos térmicos que si hoy solo pueden tomarse como simples utensilios de física recreativa, constituían sin embargo mecanismos que servían en los laboratorios á la transformación del color.

Se ocupa en primer lugar de una fuente de agua caliente. La presión del carbon desarrollaba el calor que á través de una pared metálica se comunicaba al aire contenido en un vaso; al dilatarse el aire, pujaba contra una capa líquida y en contacto con él, haciéndola subir por un tubo vertical allí encajado, hasta que iba el agua á terminar en una copa que en la mano tenía una estatua. A este aparato se le denominó: «Estatua que brinda á beber bajo la acción del fuego,» ó bien empujando los goznes de una puerta daba idea de lo que se dijo: «Método para abrir las puertas de un templo con solo encender fuego en el altar.»

En esta máquina, lo mismo que en su «fuente que corre bajo la acción de los rayos solares» utilizaba Hieron unas veces la dilatación del aire para abrir puertas y expulsar agua; y otras la contracción que este mismo aire experimentaba al enfriarse, para aspirar el líquido y cerrar la puerta del recipiente.

Fundábanse estos agentes, unos en la elasticidad del aire, y otros en la tensión de agua.

Haciendo hervir agua en un vaso, cuya pared superior tenía una abertura estrecha, y á la cual estaba adherido un tubo, se obtenían efluvios de vapor capaces de sostener bailando en el aire cuerpos sutiles y poco pesados, de hacer silvar á un mirlo y sonar á un pito.

Hieron llegó á inventar un aparato, en cuyo órgano receptor giraba con movimiento de rotación la energía visible. Denominó á este invento «colipilo ó pila de Eolo.» Obsérvese el ingenio del inventor, pues si bien imperfecto para el resultado, podría quizás haber merecido el honroso nombre de «primera máquina de vapor» si en vez de en cosas fútiles se hubiera utilizado en aplicaciones serias ó más científicas.

A fines del siglo xv ó principios del siguiente, daba Leonardo de Vinci noticia de un cañón denominado *Architrueno*, el cual disparaba una bala del peso de un talento. Explícase muy fácilmente: el vapor que se obtenía echando agua en un vaso encajado en chapas muy calientes, lanzaba el proyectil.

Imprimieron en 1547 en Bolonia las obras de Hieron, y no tardaron los sabios en dedicar sus experimentos al estudio de las propiedades del vapor, cuya fuerza elástica y extraordinaria puso de manifiesto Jerónimo Cardan en 1550, diciendo también que se produce el vacío en los espacios en que se condensa este fluido. Jacob Benon en 1578, el Bruggaiz Stevin y Agustino Ramelli publicaron en 1578, 1586 y 1588 respectivamente, obras de mecánica que versaban muy por extenso sobre la producción del vapor y sus propiedades.

En 1601 inquirió Giovanni Battista de la Porta sobre la relación que hay entre el agua contenida en varios cubos y el vapor en que esta se transforma bajo la acción del calor. Aunque el aparato de que se sirvió para este experimento guarda gran analogía con el de Hieron, diferénciase de éste en que Giovanni emplea en su aparato el vapor como fluido elástico en lugar de el aire caliente y en que separa la caldera de evaporización del recipiente de presión.

Débase además á Porta otro aparato en el cual se produce el vacío por condensación del vapor, y que debido á la presión atmosférica, se eleva y sale el agua al exterior.

Esta clase de estudios que ya por tensión del vapor como por la tensión atmosférica en presencia del vacío, tendían á elevar el agua, distaban muy poco de la invención de una verdadera máquina para la elevación de dicho líquido. No había verdaderamente más que un paso, pero este paso debía transportar la máquina de elevación, del fin especulativo al de la práctica, no debía resolverse sino medio ó un siglo después.

Mas no quiere decir esto que cesaran los experimentos, antes bien, se multiplicaron, apresurándose los sabios á escribir y publicar los resultados.

Florencio Rivault notó en 1605 que el agua encerrada en una bomba y muy calentada podía hacer estallar la máquina por duras y espesas que fueran sus paredes.

En 1615 publicó Salomón de Caus la descripción de una fuente de vapor de la que según se cree fué inventor. Componíase el aparato de un vaso esférico de metal con un orificio para la introducción del agua y un tubo vertical que llegaba hasta el fondo, elevándose hasta una altura determinada fuera del vaso. Interceptadas con una llave las comunicaciones con el aire exterior, y llenados de agua el vaso hasta dos terceras partes, poníase fuego debajo durante algún tiempo, abríase luego quitando la llave al tubo vertical, y salía el agua por éste con tanta violencia, que se elevaba en proporción á la intensidad del fuego.

De Caus empleaba este aparato para demostrar experimentalmente su teorema, y se expresaba en estos términos: «Con ayuda del fuego puede subir el agua á mayor altura que la de su nivel.» Aún no podía considerarse este instrumento más que como objeto de curiosidad, pues que su mismo autor no se ocupó de aplicarlo á la industria. Como esta fuente solo podía elevar el agua caliente y funcionara solo con intermitencia, hubieran crecido las dificultades en proporción directa de sus dimensiones, empleándola como máquina hidráulica.

Análogos experimentos hizo más tarde el jesuita Kircher, cuyo aparato, al cual denominó «Expulsión del agua por medio del vapor,» se formaba de una caldera y un recipiente distintos, ingenio que aplicado al aparato de Porta, podía elevar el agua casi fría.

No merece atribuirse mayor importancia práctica que la que tiene á la máquina de Giovanni Branca, por más que su inventor propuso las múltiples aplicaciones que con ella pueden hacerse. Todo se reduce á que el vapor, saliendo por un tubo estrecho de una caldera en forma de cabeza de negra, sacu-

día las aletas de una rueda horizontal imprimiéndola un movimiento de rotación.

Las observaciones de Cardán y de Porta respecto a la condensación del vapor a consecuencia del enfriamiento, y a la aspiración del agua por el vacío que se origina, fueron reproducidos por muchos sabios de la misma época.

El P. Leurechón (1624) enseña a llenar los eolipilos del modo siguiente: «Calientanse primero vacíos para vaciarlos del aire que contengan; luego se les zambulle en el agua y el aire que se espesa, y que merced a esto ocupa menor lugar, tiene por fuerza que entrar presto el agua por el agujero para impedir el vacío.»

John Bate después de haber hablado de la evaporización del agua bajo la acción del fuego y tensión del vapor, trata de su condensación y de la extensión de los líquidos en los espacios vacíos.

Mientras que el agente de transformación de la energía térmica en energía utilizable, era objeto de múltiples experimentaciones, algunos de estos que debían presto convertirse en auxiliares de este precioso agente, se empleaban ya en varios usos mecánicos. En tal sentido vemos descritos en las obras de Jacob Berson y de Robert Fludd, cilindros en cuyo interior se mueven pistones bajo la acción de resortes espirales para producir la proyección del agua.

Puede acertadamente decirse que el aparato de vapor más en voga en el siglo XVII era todavía el eolipilo de Hieron. Empleábase según opinión de ciertos autores en usos de grande y pequeña importancia. Pero nadie ignora que nuestro compatriota Blasco de Garay trató el año 1543 en Barcelona de probar por medio del eolipilo impulsar el movimiento de los barcos.

(Se continuará.)

EN EL CEMENTERIO

En el círculo estrecho de estos muros,
De millares de seres, solo restan
Los nombres que en sus mármoles ostentan
Hediondos huecos, húmedos y oscuros.

Ya del dolor, aquí, los golpes duros
Con lastimeros ayes no se cuentan,
Ni hay dichas, ni placeres que se aumentan,
Ni deseos, ni afanes inseguros.

Solo materia existe; masa inerte
En deleznable polvo convertida,
Lo mismo la del débil que del fuerte.
¡Lugar que al alma á meditar convida!
Que es la vida el camino de la muerte
Y es la muerte el principio de la vida.

M. GARCIA REY.

EL INFELIZ SANTIAGO

FOR

PAUL FEVAL

TRADUCIDO DEL FRANCÉS

por

J. A. PAADIN

(Conclusión)

III

El cardenal de Fleury no se olvidó de su promesa, y el asunto de los tres millones fué de nuevo tratado en Consejo. El ministro tenía en favor de Cassard la ancianidad y la multitud de cuidados de éste, y en contra las oficinas, el embrollo, la juventud y el crédito del comercio de Marsella.

Existía entonces, como existe aún, como existirá siempre, el sordo, el temible poder de las oficinas.

En una ocasión he referido la miseria de José Dupleix, arruinado é insultado todavía por los empleados de Hacienda, después de haber sido señor del Imperio de las Indias. Cassard precedió á Dupleix en este camino, y tuvo una suerte parecida. Exasperado por su larga y atroz tortura, desde los agentes de que tenía que valerse, hasta el reacío é indolente Beaumarchais, Cassard perdió un día la paciencia y dejó escapar una frase imprudente contra el Rey que no le favoreció. Los empleados le pusieron en prisión, con gran contento de los comerciantes de Marsella, á quienes las oficinas costaban caras.

Había en el castillo de Ham, en 1140, un prisionero tan débil, tan anciano, tan miserable, que inspiraba compasión á sus mismos carceleros. Era Cassard. Su nombre de infeliz Santiago le había seguido de castillo en castillo hasta Ham. A causa de su debilidad se le permitía pasearse libremente en un patio de diez piés cuadrados. Allí trazaba sobre la

arena los nombres de sus dos hermanas, cartas del litoral de Africa y de Europa, y también alguna vez estas dos palabras: *tres millones*.

La fortaleza no era entonces una prisión exclusivamente política. Había allí entre los reos políticos, condenados de todas clases. El infeliz Santiago pasaba entre ellos por un loco, y les inspiraba una desdenosa compasión. Gustaban de oírle referir sus campañas, que miraban como imaginarias, y su pretendida amistad con M. Duguay, el insigne marino, les divertía sobremanera. Prometíanle como se hubiese hecho con un niño, que harían le fuesen entregados los tres millones; se burlaban de él, pero sencillamente; sus compañeros de cautiverio le dejaban toda el agua de sus cántaros, y no le robaban más que la mitad de su pan.

Una vez, durante el curso de su tan ocupada vida, Duguay-Tronin se había acordado de Cassard, y escribiera al ministro para pedirle cuenta de su promesa. El anciano Cardenal (tenía entonces ochenta y cuatro años), se informó al punto, y engañado, según costumbre por aquellos á quienes se dirigió, respondió á M. Duguay con una carta lisonjera en extremo, donde exponía el informe de las oficinas, á saber, que se había encausado á M. Cassard. En su último viaje á París, el ilustre hijo de San Malo exigió sin duda más amplias explicaciones; pero la muerte le arrebató en el mes de Setiembre de 1736.

En cuanto á Cassard, murió prisionero en 1740, á la edad de setenta años.

Sobre su tumba un bufón, creyendo hacer un chiste, escribió por epitafio los títulos que el anciano se daba:

Aquí yace

el infeliz Santiago, capitán de navío, á quien la ciudad de Marsella debe tres millones de tornesas.

Y era la pura verdad.

Añadamos para ser justos, que largo tiempo después de su muerte, los empleados y comerciantes de Marsella perdonaron á Santiago Cassard, pues que, con satisfacción de las oficinas, varios de nuestros buques de guerra han llevado su nombre. Nosotros todavía tenemos el aviso *Cassard*, que quizás esté llamado á sostener el honor de nuestro pabellón al lado del navío *Duguay-Tronin*¹.

ILMO. SR. DR. D. JOSÉ MORGADES Y GILL,

OBISPO DE VICH

Comenzamos esta biografía, en su mayor parte tomada de los periódicos de Barcelona, felicitando á la diócesis de Vich por el beneficio inmenso que la Divina Providencia le ha deparado con un prelado tan sabio, tan celoso, tan lleno de excelentes prendas para el ministerio apostólico, un prelado ejemplar, que honrará la Iglesia española al igual de los más esclarecidos y memorables.

Oigamos ahora á sus biógrafos:

«Nació en 10 de Octubre de 1826, de una anti-gua, piadosa y honradísima familia de labradores, fecunda en dar servidores á la Iglesia. El nuevo Prelado de Vich ha tenido dos tíos sacerdotes; otro, fué distinguido superior del convento de Trinitarios de Tarragona; tiene aún actualmente un hermano y un primo eclesiásticos y una prima hermana religiosa francisca en uno de los monasterios de Barcelona. Después de haber hecho los primeros estudios en su villa natal, trasladóse al Seminario de Barcelona, en cuyo establecimiento debía seguir todos los grados desde fámulo hasta Rector. Su carrera eclesiástica fué lucidísima, y los ilustrados doctores que entonces desempeñaban cátedras ó dirigían aquel establecimiento, le contaron desde luego entre los alumnos predilectos, descubriendo en él cualidades que hacían presagiar que la Providencia le destinaba á ocupar un lugar eminente entre el clero. El canónigo Espar, á la sazón Rector, y el profundo tomista Gili le tuvieron aquella estima y simpatía que únicamente se confiere á los jóvenes de mérito. Deseoso el aprovechado estudiante de ensanchar el círculo de sus conocimientos, frecuentó las clases de la Universidad, especialmente las de la facultad de Filosofía y Letras, para tomar aquel tinte literario que se re-

¹ Acaba de publicarse *Duguay-Tronin y San Malo, la ciudad corsaria*, por el abate Posslain, profesor en San Malo; obra curiosa que comprende la biografía de aquel héroe, una descripción del *corso*, esta guerra de aventuras marítimas, y de la pintoresca ciudad de San Malo, cuya época gloriosa el abate Poulin recuerda con justa animación. Consideramos oportuno citar aquí esta obra, al terminar la traducción de un trabajo del insigne escritor Paul Feval, en que tanto se honra á Duguay-Tronin.

(N. del T.)

quiere para alternar en la sociedad con hombres de letras que dan á las formas tal vez más importancia que al mismo fondo. El carácter distintivo del ilustrísimo Morgades ha sido siempre ponerse en disposición de obrar, no hacerse extraño á ninguna de las situaciones de la vida social, rasgo que suele adornar á todos los hombres de acción de que tanto necesita la Iglesia.

Antes de ordenarse de sacerdote en 18 de Setiembre de 1852, después de haber sustituido varias cátedras del Seminario, se graduó en el central Valentín licenciado y doctor en Sagrada Teología, habiendo practicado los ejercicios con singular brillantez. Al año siguiente fué nombrado profesor de Sagrados Cánones y Secretario, puestos que ocupó hasta que en el año de 1863 fué elegido canónigo penitenciario de Barcelona, después de aquel notable certamen teológico en que tomaron parte los ilustradísimos doctores D. Tomás Bret, D. Ramón Sala y D. José Esteve, los dos primeros sucesivamente canónigos penitenciaros también de nuestra Catedral, y el último hoy día cura párroco de Santa María del Pino de la ciudad de Barcelona. La posesión de la prebenda no embotó su poderosa actividad; aun en el terreno literario continuó trabajando. Antes había publicado en Barcelona, entre otras, la acreditada obra de *Teología moral* de Scavini, añadiéndole de su parte el interesante tratado sobre la Bula de Santa Cruzada; en unión con el doctor Dou había traducido *El protestantismo y la Regla de Fè* del P. Perrone, y en 1866 comenzó á publicar en español *El mensajero del Sagrado Corazón de Jesús*, publicado en Francia por los PP. Jesuitas, arraigando con su lectura la obra del *Apostolado de la oración*, establecida en España por tan celoso propagador de la verdad evangélica.

Pero al Sr. Morgades, aunque dotado de excelentes cualidades de escritor y de orador sagrado, aunque incansable en publicar hojas de propaganda religiosa y en predicar con éxito asombroso, no se le ha de buscar únicamente en su gabinete de estudio ni en las prensas tipográficas, es preciso buscarle en la *práctica* de la vida cristiana, en cuyo terreno sus obras pueden figurar al lado de las llevadas á cabo por los Paules, Orioles y Riberas.

Difícil sería enumerar, dice un biógrafo, las instituciones y fundaciones de caridad cristiana que se deben á la iniciativa ó á la poderosa cooperación del Ilmo. Morgades; un día, el que estas líneas escribe visitaba un establecimiento servido por Hijas de la Caridad de San Vicente de Paul, y preguntando á la Superiora á quién se debían unas considerables obras que en el establecimiento se habían practicado, contestó sencillamente estas palabras de verdad inconcusa: «Se deben á aquel á quien se deben casi todas las instituciones de caridad que de muchos años acá van apareciendo en Barcelona y sus alrededores, al Sr. Canónigo penitenciario.»

En efecto, testimonio vivo de esta verdad son el *Asilo del Buen Consejo* situado en las Corts de Sarriá, para rehabilitación de jóvenes estraviadas; los *Obradores* ó sea casas donde se dá trabajo á muchachos jóvenes para librarlos del contagio de los malos talleres; las *Escuelas dominicales* para la enseñanza de jóvenes sirvientes; las *Hermanas enfermeras* y otras varias en que directa ó indirectamente ha intervenido el celoso prelado, allegando recursos para las fundaciones ó para su sostenimiento y prestándoles el poderoso concurso de su inteligencia y de su caridad.

Merecen especial mención y singular alabanza las obras relativas al clero, ya que por desgracia los tiempos que corren son tan desfavorables para las vocaciones eclesiásticas y para el prestigio de la autoridad sacerdotal. El Colegio de estudiantes pobres llamado del B. José Oriol, fundación de su antecesor el Sr. Cassanyas encontró en él un protector tan decidido que en los cuatro años que ejerció el Rectorado del Seminario, duplicó el número de alumnos pobres, dejándole rentas suficientes para su manutención en lo sucesivo. Y mientras que así proveía á los estudiantes pobres, no descuidaba á los pobres sacerdotes impedidos y enfermos. El insigne obispo de Barcelona Sr. Montserrat y Navarro había dejado en su testamento un legado para fundar un asilo de eclesiásticos pobres y enfermos y el Sr. Morgades, que ha sido siempre materia dispuesta para toda obra benéfica, acudió á ser el ejecutor de tan laudable propósito y no sólo dió extensos terrenos para levantar el edificio y dotarlo de amplios jardines, sino que se convirtió en amparo constante de esta casa, que le debe inolvidables beneficios.

Pero donde resplandeció sobre todo la increíble actividad del Ilmo. Sr. Morgades fué durante su rectorado del Seminario episcopal.

«Al ser nombrado para este elevadísimo cargo, dice un biógrafo, pareció utopía que quien tenía ya multitud de cargos de importancia y ocupaciones de

todo género, que le llevaban atareado desde la madrugada hasta la noche; que quien se veía asediado ya desde la escalera de su casa y por las calles de la ciudad, no sólo por pobres que le pedían limosna, siendo siempre socorridos, sino por toda clase de personas atribuladas y necesitadas que imploraban su consejo ó su valiosa y benéfica influencia, no siendo jamás desechadas, pudiese, no obstante, ocuparse en la proporción debida en un establecimiento, cuyas paredes se estaban todavía levantando, cuya organización debía aún arreglarse después de los grandes desperfectos que la revolución le infiriera, y cual gobierno por su propia naturaleza parece exigir los constantes desvelos de un hombre de actividad probada: sin embargo, al ocupadísimo Rector Morgades no le faltó tiempo para atender á todo, ni calma para tratar con tantos y tan distintos caracteres. Hombre de gran fuerza de espíritu, puede

ocuparse en cosas totalmente heterogéneas, sin descomponerse ni abrumarse, y traer su mente henchida de pensamientos diversos, sin sentirse aplastada por su propio peso.»

Hablando de los cuantiosos bienes que el señor Morgades ha empleado en estas obras de religión y de caridad, dice el mismo biógrafo:

«La sociedad barcelonesa vió en el Sr. Morgades, ya desde los principios de su sacerdocio, un fiel y diligentísimo administrador de los bienes de la Iglesia y de los pobres, que son las limosnas de los fieles; y por esto el oro iba á sus manos en abundancia. La apestada capital de Cataluña, en el cólera de 1854, cuando apenas contaba dos años de sacerdocio, vió al hoy día obispo de Vich organizando, dirigiendo y animando con su energía y actividad el hospital de coléricos, establecido en el edificio del Seminario Conciliar. El entusiasmo juvenil no alte-

raba en lo mínimo la serenidad de su carácter, ni las pavorosas proporciones de aquella epidemia hacían vacilar la energía de su voluntad de acero; se paseaba tan tranquilo por entre las camas de los apestados, como un general curtido en la vida de campaña se pasea impávido por el campamento sin temor á los fuegos del enemigo. En las varias recrudescencias que tuvo la epidemia asiática en Barcelona, en su reproducción ya formal en el año de 1865, el Sr. Morgades se mantuvo siempre constante en la ciudad, siempre consagrado al servicio y alivio de los necesitados; y cuando la invasión de la fiebre amarilla en la época revolucionaria, en el año 1870, encontrábase formando parte de una de las Juntas de socorros, y su entereza de voluntad conservó á los apestados los auxilios de la Religión, que algún individuo muy caracterizado de su misma Junta estaba empeñado en hacer cesar por fútiles motivos

ESCENAS DE LAS CATACUMBAS.



EL ENTIERRO DE SAN LORENZO (Cuadro del pintor D. Alejo Vera.)

de humanitarismo. Los que presenciaron la enérgica contienda y vieron el talento y fortaleza del digno sacerdote en sostener los derechos espirituales de los enfermos, aun hoy día lo refieren con admiración y complacencia.»

Tan extraordinarios rasgos de caridad han valido al Sr. Morgades una inmensa popularidad en Barcelona, y todo el mundo sabe en Cataluña cómo encontraba entre las turbas revolucionarias amigos agradecidos que se constituían en defensores suyos cuando los furores del populacho se levantaban contra los ministros del Señor. Empero donde se ha visto de un modo patente estas simpatías de los barceloneses ha sido en los regalos que le han hecho con motivo de su elevación al episcopado. Ascendiendo á muchos miles de duros el valor de los objetos que le han regalado, especialmente en ornamentos sagrados, en los que la magnificencia ha llegado á un punto que parece increíble.

El Sr. Morgades fué presentado para la Silla de

Vich en los primeros días de este año; se consagró en Barcelona el 16 de Julio; tomó posesión de su diócesis el 21 del mismo mes, y el 5 de Agosto hizo su entrada solemne, entre una concurrencia numerosísima y en medio de un entusiasmo indescriptible.

LA ILUSTRACIÓN CATÓLICA saluda con efusión á tan ilustre Obispo y felicita á la diócesis de Vich por la dicha de que goza con tan celoso, sabio, prudente y caritativo prelado.

LA CAMPANA MORTUORIA

¡Callad! ya triste suena
Con vibraciones lánguidas
en soledad serena
campana funeral.
¡Así las ilusiones,
de realidad al viento,

desmayan quejumbrosas,
con vuelo macilento,
del gozo en el umbral!

¡Callad! — Del campanario
saliendo melancólico
el eco solitario
del triste vago son,
¿qué influjo pavoroso
produce, cuando oscila,
que el labio una plegaria
murmura, y aún vacila
lloroso el corazón?

¡Ay! es de la existencia
entre raudal de lágrimas
la ya marchita esencia,
que huyendo, huyendo vá,
y el ángel silencioso
de la severa tumba
las horas al abismo



LA BARCA DE SAN PEDRO.

de eternidad derrumba
con lástima quizá.

¡Sí! el gime, y su gemido
desde el sepulcro misero
se extiende dolorido
por el etéreo azul;
y cuando el seno late,
respira los temblores
que esparce la campana,
rasgando sus rumores
de la ilusión el tul.

¡Sí! el tañe la campana
sobre las altas cúpulas
con fuerza soberana
de incógnito poder.
Y abate la esperanza
con pavoroso giro,
el eco remediando
de tétrico suspiro
por el perdido ayer.

Ayer, de tantas glorias
y tantos bienes símbolo,
de lúgubres memorias
tornado en hoy: ¡qué horror!
¡de sueños y delirios
magnífico tesoro,
tornado en desencanto,
y en amargura y lloro!
¡caída y seca flor!

¡Oh! ¡cuán supremo, cuánto,
preséntase al espíritu
el son mortuorio, espanto
y sombra ó luz á ser!
venturas y fulgores
á dar á las virtudes,
ó á undir en negros lagos
implas inquietudes,
¿qué irá la muerte á hacer?

Campana misteriosa,
que al pensamiento cínico
temblar haces medrosa
con tu lento tañir,
¿qué genio te conmueve?
¿quién mora hallá en tu fondo,
que el son produce triste,
que da el rumor tan hondo
de misero gemir?

¿Dó aprendes el misterio
de tu tremenda música?
¡Tal vez el cementerio
gimiendo horrible está,
y el impalpable dedo
del genio de la fosa
arranca de tu bronce
la vibración llorosa,
que dice: «¡Más allá!»

¡Y acaso tu armonía,
como lamento lúgubre
de horror y de agonía,
sonando está sin fin,
por remedar el eco
de horrenda carcajada,
por el perdido arcángel
con júbilo arrojada
del mundo en el confin!

¡Que anuncias de una vida
tronzado el vuelo rápido:
del mundo flor querida,
que el llanto marchitó:
y acaso está el precito
riendo miserable,
de ver que no dió aromas,
y en lodo abominable
sus pétalos hundió!

Despierta ¡oh vida mía!
del bien al sol espléndido
sobre esa margen fría,
do el mal su gozo ve!
con brillo de virtudes
ciñendo ve tu historia
y cuando por tí suene
campana mortuoria,
tú gime, y ora, y cree.

Cree en Dios.—El golpe lento
de la campana fúnebre
de un ángel es lamento,
que al hombre dice así:
«Tu espíritu en el cieno
del mal hundido yace:
cree en Dios, y luz sublime
verás qué limpio te hace;
si no, ¡triste de tí!»

ILDEFONSO LLORENTE FERNÁNDEZ.

LOS GRABADOS

ILMO. SR. DR. D. JOSÉ MORGADÉS Y GILI,

Obispo de Vich.

Véase la biografía en la pág. 149.

ESCENA DE LAS CATACUMBAS. — EL ENTIERRO DE SAN LORENZO

Cuadro del pintor D. Alejo Vera.

Los modernos pintores españoles, aunque se ven empujados por el gusto dominante hacia la escuela naturalista francesa, mantienen, gracias á Dios, las buenas tradiciones antiguas, que son tan gloriosas para el arte cristiano.

El autor de este cuadro es uno de los que pagan más valioso tributo á la tradición, y con fortuna envidiable supo captarse las simpatías de los inteligentes desde sus primeras obras, eminentemente cristianas.

La que hoy publicamos representa una escena tiernísima de las Catacumbas, el entierro del mártir San Lorenzo, es decir, de uno de los primeros cristianos que consagraron con su cuerpo los subterráneos cementerios de la roma cristiana.

La escena no puede ser más sencilla, pero en su sencillez verdaderamente clásica encierra un pensamiento sublime y conmovedor, es como el acto de inaugurar las catacumbas donde habían de venir á reposar tantos miles de mártires.

Ninguno de nuestros lectores desconocerá las prácticas observadas en las Catacumbas, vulgarizadas elocuentemente por el inolvidable autor de *Fabiola*. Allí, mientras los desgarrados cuerpos de los santos confesores eran sepultados, ancianos y niños, hombres y mujeres, acudían pidiendo el bautismo, que no era otra cosa que la sentencia de su martirio. ¡Cuántas veces el catacúmeno que hoy recibía las aguas del bautismo, era mañana sepultado en las Catacumbas, no lejos del lugar donde había alcanzado la gracia del Espíritu Santo, y mezclábase el agua de la vida, que aún humedecía sus cabellos, con la sangre de muerte que brotaba de sus heridas!

El cuadro de Vera es un poema de sublimes esperanzas, y como tal lo damos á conocer, en la perspectiva no lejana acaso de una nueva persecución para la iglesia, en que sea preciso volver á las catacumbas.

LA BARCA DE SAN PEDRO

Este grabado completa el pensamiento del anterior. Véase la explicación en el artículo correspondiente.

TIPOS NACIONALES. — ANTIGUOS RONCALESES

Este traje es de los más raros de las antiguas comarcas de España. Queda muy leve vestigio y por eso el grabado debe perpetuarlo para que no se pierda por completo. Los pintores y los novelistas hallarán en estos grabados datos indispensables para sus obras históricas y tradicionales.

BIBLIOGRAFÍA

La transformación de la Roma pagana estudiada en la Roma actual, por el Dr. D. Urbano Ferreiroa, presbítero. — Barcelona, 1882. Un volumen en 8.º mayor, de 610 páginas. — Su precio 24 reales.

Hace tiempo que sabíamos que el Sr. Ferreiroa, vecindado en Roma desde 1878, se ocupaba en escribir un libro sobre la Ciudad Eterna, y aun habíamos visto algunos capítulos publicados en varios periódicos de España. De tan prolongado estudio y del mérito singular de los capítulos dados á luz, deducíamos que el libro sería notable, tanto más cuanto que conocemos por antigua y probada amistad el carácter y talentos del Sr. Ferreiroa, concienzudo en sus obras, erudito, trabajador y dotado de un bello corazón y de una imaginación rica y fecunda.

El libro ha correspondido á nuestras esperanzas, y en muchos casos las ha superado, pues ciertamente es un tesoro de erudición y un estudio completo de la transformación de la Roma pagana en la Roma cristiana, en cuya evolución, digámoslo así, se comprende la historia de los más grandes sucesos que han presenciado los siglos.

El Sr. Ferreiroa ha tenido presente para su estudio las obras más insignes que se han publicado acerca de Roma, y provisto con este caudal de erudición, se ha echado á pasear calles y plazas, registrando hasta los últimos rincones de la Ciudad Eterna, y consignando en observaciones precisas el resultado de tan detenido y concienzudo estudio teórico y práctico.

El libro comprende primero una introducción, donde el autor, con erudición y sobriedad al propio tiempo, nos ofrece los antecedentes de su estudio, ó sea los trabajos hechos y los documentos existentes sobre los monumentos de Roma, desde los siglos más remotos hasta el presente. Viene luego la descripción de la *Roma pagana*, partiendo en este estudio de los monumentos conocidos y de las ruinas que se conservan para reconstruir el edificio grandioso de la civilización cesárea, que hizo de Roma el emporio de la cultura de los siglos paganos. Después el autor desarrolla á nuestra vista el

panorámá de la Roma cristiana, cuya descripción abraza la parte mayor y más sustanciosa del libro desde la página 179 hasta la 558, y por último, cierra tan precioso volumen una bella excursión á Nápoles, no menos grata y erudita que el cuerpo principal de la obra, donde se estudian las ruinas de Herculano y Pompeya y las colecciones abundantisimas del museo de Nápoles.

Hemos dicho varias veces que el libro del Sr. Ferreiroa es erudito, y debemos añadir que su erudición no es enojosa ni árida, sino por el contrario, siempre oportuna, precisa, interesante y ajustada á los últimos trabajos y descubrimientos hechos sobre la Ciudad Eterna, cuyo estudio será siempre inagotable. Basta recorrer las citas que enriquecen las páginas del libro para observar que el guía de que más se ha acompañado nuestro amigo para visitar y estudiar á Roma, es el insigne de Rossi, príncipe de los arqueólogos italianos, á quien debe inagotables beneficios y laureles la arqueología cristiana. Esta sola circunstancia es más que suficiente para avalorar el libro del Sr. Ferreiroa, en el cual hallarán los estudiosos la última palabra acerca de los monumentos cristianos de Roma, la palabra que resume el estudio de muchos siglos y el caudal de muchas bibliotecas.

En cuanto á las ideas y sentimientos, no hay nada que decir: el Sr. Ferreiroa piensa y siente como ejemplar sacerdote católico, acostumbrado á las controversias de la prensa moderna y saturado en el buen espíritu de los tiempos pasados. En este concepto el libro es una apología del cristianismo, y una obra de propaganda católica, aceptando el lenguaje moderno.

En resumen, el libro del Sr. Ferreiroa, instruye, deleita y edifica; ¿qué más puede exigirse? Reciba el Sr. Ferreiroa nuestra cordial enhorabuena, y ojalá que sea prenda del éxito que en la aceptación del público debe alcanzar, para gloria de las letras católicas y para estímulo y galardón de su autor.

Santiago, Jerusalem, Roma. — Diario de una peregrinación á estos y otros santos lugares de España, Francia, Egipto, Palestina, Siria é Italia, en el año del Jubileo universal de 1875, por D. José María Fernández Sánchez y D. Francisco Freire Barreiro. Santiago 1881 y 1882. Van publicados dos gruesos volúmenes en folio menor, de 728 páginas el primero y 1.064 el segundo. El tercero y último está en prensa.

Hace más de un año que al anunciar en LA ILUSTRACIÓN la obra verdaderamente magna de los señores Fernández Sánchez y Freire Barreiro, dijimos que sería digna del mayor encomio á juzgar por el mérito de sus autores, y en efecto, tenemos hace días sobre la mesa los dos primeros tomos, y podemos asegurar que no nos cansaremos de leer y repasar sus elocuentes páginas, ricas en erudición copiosa y escogida, en descripciones animadas y brillantes, en pensamientos profundos y en piedad sólida, conmovedora y edificante.

El *Diario de una peregrinación* no es, como pudiera creerse, una obra de meras impresiones de viaje, como tantas otras que corren de mano en mano, y tienen agobiados los estantes de las bibliotecas; no es una obra simplemente descriptiva, de esas que deleitan como las vistas de un panorama; no es tampoco, aunque esta es su mejor corona, una obra sencillamente piadosa enderezada á la edificación de las almas, especie de *Via-crucis*, dispuesto en forma de meditaciones y plegarias; sin ser esto, es mucho más que esto, porque á la novedad de las impresiones, á la viveza descriptiva y á la piedad profunda que en todas sus páginas resplandecen, hay que añadir un caudal tan abundante y precioso de noticias geográficas, históricas y arqueológicas que, aderezadas como están por una crítica doctísima constituyen un monumento literario de primer orden.

De los dos autores de la obra conocemos al señor Fernández y Sánchez, catedrático de historia en la Universidad de Santiago, y sin que parezca adulación, pues ni la gastamos con nadie ni el docto catedrático está en posición de merecerla, aseguramos que es uno de los profesores más ilustres que hoy tienen las aulas de España, por su profundo saber, por su clarísimo ingenio, por su laboriosidad incansable y por la rectitud y nobleza de su corazón cristiano. Nosotros le conocimos cuando cursábamos Retórica y Poética en el instituto de Guadalajara, y desde entonces guardamos de sus nobles prendas tan grato recuerdo, que muchas veces le citamos entre nuestros amigos como modelo de profesores doctos, humildes, laboriosos y cristianos. Tan sabio y ejemplar catedrático emprendió en el año del Jubileo de 1875, una larga peregrinación á los más insignes santuarios de la cristiandad, acompañado del reputado médico y catedrático Sr. Freire y Barreiro, hombre de enérgico carácter y de sentimientos nobilísimos, que consagra la fortuna que

le ha grangeado su profesión á socorrer necesidades, alentar buenas obras, fomentar los buenos estudios y propagar las doctrinas católicas.

Fruto de este largo viaje es la obra á que nos referimos, que comprenderá tres gruesos tomos en folio menor, á dos columnas, intercalada de grabados. El primero comprende desde *Santiago á Jafa*. Comienza con una extensa descripción de la ciudad de Santiago y de los monumentos más notables de los pueblos que encontraron al paso los autores, especialmente de Madrid, Zaragoza, Barcelona, Marsella y Nápoles. La última parte es interesantísima, encierra una minuciosa descripción de Egipto; de sus principales ciudades, de templos, obeliscos, pirámides y sepulcros; de los usos, costumbres é instituciones de los egipcios, sus primitivos habitantes y de los turcos sus actuales señores — con perdón de Inglaterra — y de los pueblos sujetos á la autoridad del khedive. El tomo segundo comprende desde *Jafa á Beirut*. Es la parte más interesante de la obra, pues abraza el viaje por Judea, Samaria, Galilea, Jonina y Siria. Los autores han agotado en este punto la materia, pues no hay monumento que no describan, ni costumbre que no refieran, ni cuestión arqueológica ó geográfica de que no traten. La parte relativa á la autenticidad de los Santos Lugares ha merecido especial atención de los sabios peregrinos, demostrando con argumentos incontrastables la veracidad y solidez de las tradiciones cristianas.

El tomo tercero y último, según anuncian sus autores, abrazará el viaje de retorno de *Beirut á Santiago*. Oigámos lo que dicen de este volumen los anuncios:

«Se está imprimiendo este volumen que es el último de la obra. Empieza el tomo en la salida de Beirut y continúa después la descripción de las islas de Chipre y Rodas, recordando de paso lo principal de la historia de las ciudades del Asia Menor hasta llegar á Esmirna. Sigue el viaje por el Archipiélago, Estrecho de los Dardanelos y Mar de Mármara, y por fin la ciudad de Constantinopla, de la cual se trata con la extensión necesaria, describiendo sus muchos monumentos y los usos y costumbres de los diversos habitantes de la capital del Imperio turco. De esta ciudad pasaron los autores á la de Atenas y embarcados, nuevamente, llegaron á la isla de Sicilia, visitando Mesina, Palermo y Monreal. Por segunda vez y con mayor detenimiento recorrieron la capital de las Dos-Sicilias, haciendo una excursión al Vesubio y á las ruinas de Herculano y Pompeya. En la ciudad de Roma admiraron sus grandiosos edificios y tuvieron el inefable placer de besar la mano al Gran Pío IX. Siguiendo la línea férrea de Ancona estuvieron en el santuario de Loreto y Asís, llegando á Florencia. Después de visitar detenidamente la capital de Toscana hicieron lo mismo en Bolonia, Padua, Venecia, Verona, Milán, Turín y Arona. Entrando en Francia completaron la peregrinación postrándose ante la imagen de Nuestra Señora de la Saleta. Lión, París y Londres son objeto de una larga descripción. Termina el viaje volviendo por Barcelona y Madrid y desde esta villa, por Avila, Zamora y Orense á Santiago, punto de partida y lugar á donde regresaron los autores.»

La obra va acompañada de muchos mapas, y grabados relativos á los países y monumentos de tan largo viaje, lo cual ameniza más las descripciones, completándolas, si es posible hablar así, cuando cada descripción es un cuadro vivo y animado por el enérgico lápiz y ricos pinceles de los autores peregrinos.

Nosotros recomendamos esta obra con el mayor encarecimiento, sin que influya en nosotros ni la amistad que tenemos á uno de los autores ni la parcialidad de nuestras ideas y sentimientos á favor de todo libro católico; la recomendamos como monumento literario de primer orden, como gloria de las letras españolas, como libro que pasará á los siglos futuros para estudio y admiración de otras generaciones.

El precio de la obra, si se tiene en cuenta la copiosa lectura de sus páginas, el volumen considerable de sus tomos y los grabados que encierra es baratísimo, pues cuesta 14 pesetas el primer tomo y 17 el segundo. Para obtenerla, se puede pedir á los autores, en Santiago de Galicia, y también se expende en las principales librerías del reino.

Cuando haya salido á luz el tercero y último tomo haremos de todos un estudio más extenso, debiendo considerarse estas líneas como un simple anuncio, bien mezquino por cierto, si se considera el mérito de la obra anunciada.

Harmonía entre la ciencia y la fe.—Ensayo escrito por el P. Miguel Mir, de la Compañía de Jesús.—Imprenta de Tello, 1881.—24 rs. en Madrid y 26 en provincias.

Este libro, que era esperado por largo tiempo con verdadera ansiedad, alcanzó desde su aparición

un éxito extraordinario. Lo ocurrido en el certamen promovido por el marqués de Guadaro, para el cual fué escrita y presentada la *Harmonía entre la ciencia y la fe*, la renuncia que hizo su autor de la distinción que había acordado concederle la Academia de Ciencias morales y políticas, juez malaventurado del famoso certamen, y las mil noticias que circularon con tal motivo, contribuyeron poderosamente á llamar la atención hacia esta obra. Así fué que apenas salió á luz se despacharon de ella numerosísimos ejemplares, y siguen despachándose todavía, no obstante la reciente publicación de obras análogas impresas unas por los autores y otras por la celebrísima Academia.

Es más, no bien había salvado las fronteras españolas el libro del P. Mir, excitaba en el extranjero la atención no menos que en España, pues á las pocas semanas de publicado en Madrid se proyectaba traducirlo al francés, y esta traducción, según parece, está ya concluida y puesta á la venta. De los Estados Unidos se han hecho al P. Mir iguales proposiciones, ofreciéndole publicar su obra en inglés en Nueva-York, y en la misma serie ó biblioteca de Appleton y Compañía en que salió á luz la obra de Draper, de la cual es la del P. Mir la refutación más completa; y finalmente, en estos últimos días ha llegado á nosotros la noticia de que en Alemania se proyecta también publicar y dar á conocer la *Harmonía entre la ciencia y la fe*, habiéndose ya pedido á su autor el permiso competente para hacer la traducción. De suerte que antes del año de haberse publicado el libro del P. Mir estará traducido al inglés, francés y alemán.

No hay duda que el que una obra de carácter puramente científico haya tenido tal éxito y en tan breve tiempo, es cosa rara vez vista en España, y que arguye el mérito y la importancia del libro que ha merecido honor tan singular.

Los lectores de LA ILUSTRACIÓN CATÓLICA conocen ya el juicio que forma de este libro persona tan competente como el Sr. Navarro Villoslada; recuerdan el análisis que hizo de él, y no se han olvidado seguramente del entusiasmo con que habló de ésta, á su parecer, obra acabadísima y honra perdurable de las letras españolas. En igual sentido que al señor Villoslada hemos visto expresarse á otras personas no menos autorizadas al juzgar la obra del P. Mir. Sería largo resumir ó copiar estos juicios; pero creemos que no desagradará á nuestros lectores el que les traslademos á nuestra revista algo de lo que han dicho acerca de la *Harmonía entre la ciencia y la fe* el Sr. D. Marcelino Menéndez Pelayo cuya doctrina y autoridad no necesitan de nuestros elogios; el P. Ignacio Carbonelle, secretario de la Asociación científica de Bruselas, autor del libro admirable *Les confins de la science et de la philosophie*, y uno de los primeros matemáticos de Europa, y finalmente, el sabio teólogo Doctor Straub en la *Zeitschrift für Katholische Theologie* una de las revistas más autorizadas de Alemania.

Después de contar los percances del famoso Certamen promovido por el señor marqués de Guadaro, y viniendo á la obra del P. Mir *Harmonía entre la ciencia y la fe*, dice así el Sr. Menéndez Pelayo:

Hace algunos años que conocemos y tratamos familiarmente al P. Mir; no poco hemos tenido que aprender de su apacible y discreta conversación, y hemos leído y saboreado con deleite sus prólogos á las obras de Rivadeneyra y Nieremberg, en los cuales parece revivir el abundante y lácteo estilo de nuestros mayores prosistas.

Pero el nuevo libro deja muy atrás cuantas esperanzas podían fundarse en la ciencia y literatura del egregio Jesuita, quien se nos muestra á un tiempo encumbrado teólogo, filósofo de recto y severo juicio, á la vez que de generosa audacia y originalidad peregrina en desarrollos y conclusiones, hábil polemista, hombre docto y experimentado en las ciencias naturales, y en las del cálculo no menos que en las históricas, delicado é ingenioso moralista, y muy conocedor de las enfermedades que aquejan al entendimiento y á la voluntad humanos, erudito de varia y bien digerida lectura, así clásica como de Santos Padres ó de pensadores de nuestros días, y por corona y remate de todo, maestro y señor de la lengua castellana, cuyas más escondidas riquezas hace patentes, demostrando victoriosamente con el ejemplo, cien veces más útil que todas las discusiones y teorías, la actitud extraordinaria de nuestro romance para interpretar las más soberanas especulaciones y los más sutiles conceptos de la mente. Lauro es este de la lengua y del estilo, que el P. Mir alcanza solo, ó casi solo, entre nuestros escritores de asuntos filosóficos en este siglo.

A todos les ha dañado más ó menos la falta de sentido artístico, y el no haber educado su gusto y su oído con la lectura de los ascéticos de la Edad de oro. No hablemos de los importadores de filosofías

germánicas y francesas, todos ellos tan ruines en la lengua como en los conceptos. Pero entre los mismos católicos, ¿cómo dudar, v. gr., que á Balmes le dañó el ser forastero en la lengua y que Donoso Cortés escribió en un estilo *sui generis*, medio asiático por la pompa, y medio francés por el sabor, elocuente á las veces y á las veces enfático, aunque digno de admiración en muchos pedazos, ejemplar poco seguro para la imitación, lo mismo por sus brillantes cualidades que por sus defectos más brillantes todavía?

No es así el P. Mir. Su estilo trae á la memoria los más floridos tiempos de nuestra lengua. Por la dulzura y apacibilidad recuerda á Rivadeneyra, por lo sereno y majestuoso al P. Sigüenza, por la riqueza y brillantez de la frase á Malón de Chaide, por la facilidad de dar cuerpo á las ideas abstractas, á fray Luís de León. Sin dejar de ser didáctica la elocuencia del P. Mir, es animada y viva, como si quisiera persuadir y vencer á un tiempo el corazón y la inteligencia.

Exenta á la par de relamido artificio, muévase y fluye con abundancia reposada y halagüeña, y es siempre lúcido, terso y acicalado, con perfección igual y sostenida. No es la corrección del P. Mir esa corrección *negativa* y enteca, que consiste, sólo en la ausencia de defectos; es el *positivo* dominio de la lengua, con poder para decirlo y expresarlo todo, de manera tal, que convence y enamora.

Ni es un libro rico de frases y primores de decir, y vacío de ideas, sino libro de alta filosofía, y en que se agitan las más altas cuestiones que pueden ocupar al humano entendimiento. Sobremanera fácil y sencillo es el plan, y tan lógico y bien trabado, que de una mirada se abarca, y sin fatiga, antes con deleite del lector, se sigue, porque no es ese aparente rigor sofístico que en muchos libros deslumbra, sino orden lúcido que nace de la misma naturaleza é íntima esencia del asunto.»

Continúa exponiendo con grande alabanza el plan de la obra, y termina así el docto profesor:

«El corto espacio de que en esta *Revista* disponemos, nos impide analizar más menudamente este precioso libro, que ha de figurar sin duda entre los primeros y más serios de la moderna ciencia española, y que bastaría por sí solo para demostrar á los preocupados que la Compañía de Jesús, una de las mayores glorias de España, madre nobilísima de pensadores como Vázquez Molina y Suárez, y de escritores de tan prodigioso estilo como Rivadeneyra y Martín de Roa, no deja de colmar de alegría y de gloria á los buenos estudios, aun en nuestros miserables días.»

Hasta aquí lo más culminante del artículo del señor Menéndez Pelayo.

El P. Ignacio Carbonelle, en la *Revista de Cuestiones Científicas*, después de alabar los nobles esfuerzos de los que se dedican á poner en alguna manera al alcance del vulgo de las inteligencias las verdades del orden filosófico y teológico, que sirven para mejor entender las del orden científico natural, dice de esta manera:

«En la línea primera de tan nobles trabajadores hemos de colocar al autor del hermoso libro: *Harmonía entre la ciencia y la fe*.

El P. Mir es un teólogo y filósofo que ha leído mucho; pero que ha pensado y reflexionado mucho más. Esto se ve en cada una de las páginas de su libro.

Véase, sobre todo, que ha estudiado las cosas por sí y para sí mismo, y esto es lo que le hace más dispuesto y capaz para enseñar á los demás. Conócese que el fin y el alma de sus estudios ha sido siempre el amor sincero de la verdad, jamás el espíritu de sistema, y de aquí es que el convencimiento de que está poseído pasa con facilidad al espíritu del lector. Las grandes lumbreras del escolasticismo le han enseñado lo que es la ciencia y lo que es la fe, y como en tales cuestiones, que evidentemente nada tienen que ver con los experimentos de los laboratorios, la enseñanza de estos doctores no ha envejecido; ellos han de ser eternamente nuestros maestros para estas cosas.

El P. Mir, que los conoce muy bien, es guía seguro para introducirnos en el santuario de su doctrina. En su exposición y estilo sabe imitar tan grandes modelos, pero de una manera bella y acertada, y no cree ser necesario para mostrarse discípulo aprovechado de aquellos maestros; arredrar al lector con abstracciones pueriles, envueltas en un lenguaje bárbaro y desusado. Lleno de la materia que se propone tratar, enriquecido con ideas y maneras de ver propias y personales, y guarnecido con los más sólidos argumentos, expone la doctrina de aquellos teólogos insuperables en un lenguaje rico y magnífico, arrastrando al lector con la magia de su estilo y haciéndole sentir el soberano dominio que ejerce en el espíritu la fuerza de un escritor dueño de todos los recursos de la lengua que maneja.

Nosotros no conocemos la lengua española lo bastante para no tener que acudir á veces al Diccionario, y sin embargo, al leer este libro conocimos desde luego, y como instintivamente, que su autor era un maestro consumado en el estilo y lengua de Castilla.

Habla el crítico de los artículos publicados en España en alabanza de la obra, y luego añade:

Hemos intentado reunir en algunos párrafos las partes más notables y más originales de este libro; pero al volver á leer nuestro resumen, nos ha parecido mejor no publicarlo, supuesto que la obra del P. Mir es de aquellas de las cuales no se puede dar ideas por resúmenes ni compendios, siendo imposible presentar en éstos la grandiosidad de las ideas, el vigor de la argumentación y la múltiple conexión y enlace de las varias partes que la componen. Así nos contentaremos con indicar los puntos principales tratados por el P. Mir, dando á conocer los títulos que ha dado á los capítulos de su libro.

La parte primera del libro está consagrada especialmente á esta vulgarización filosófica y teológica, de la cual hablamos al principio de nuestro artículo. Es digno de notarse el cap. ix, cuyo título recuerda una obra que metió bastante ruido hará cosa de cinco ó seis años, es á saber, el libro del profesor norte-americano Draper, *Conflictos entre la ciencia y la Religión*, del cual apareció en el número de Enero de 1877 de nuestra Revista una refutación muy buena, escrita por el Rdo. P. De Smedt. Aunque desprovisto de todo mérito científico, histórico ó literario, este libro fué tenido por admirable por los enemigos del Cristianismo, los cuales pusieron empeño en propagarlo, traduciéndole á varias lenguas. Esta propaganda dió lugar á buen número de refutaciones, algunas de ellas excelentes. Cabalmente, una traducción española de libro tan desdichado ha sido lo que ha dado ocasión al P. Mir para escribir su *Harmonía*. Esto explica la serie de objeciones expuestas y refutadas en los últimos capítulos de esta obra. Dicha refutación está escrita de mano maestra, y será útil aun en el caso de que la impiedad lograse escribir un libro más serio y más notable que el de Draper. Pero nosotros felicitamos al P. Mir por haber ensanchado el cuadro de su refutación, empezando por vulgarizar principios demasadamente poco conocidos. De ahí resulta la verdadera originalidad de su libro, y en esto nos da el ilustre escritor un ejemplo que todos debiéramos imitar.

En fin, el Dr. Straub, al final de un análisis minucioso de la *Harmonía entre la ciencia y la fe*, resume el juicio que forma de esta obra en las siguientes palabras:

« Tal es, dice, el contenido de este libro. Al considerarlo en su conjunto no es posible dejar de confesar que su autor domina completamente la basta materia que abarca en todas sus partes de la Teología, la Filosofía y las Ciencias naturales. Además descubre un conocimiento extraordinario de la bibliografía y literatura moderna en estas materias. Por tanto, no sabemos por qué el P. Mir no se atreve á dar á su libro el dictado de *científico*, como no sea que por dirigirse á un público universal no le haya querido revestir de la forma árida y didáctica que suelen revestir los libros científicos... En verdad, la magnífica brillantez del estilo de la obra del Padre Mir podrá quizá chocar en un tratado filosófico ó teológico, y á nosotros más especialmente los alemanes, que no estamos acostumbrados á ello; pero considerando que esta obra se ha escrito para los españoles, vemos la razón de los elogios que han hecho de este libro las Revistas de España... En fin, para concluir, séanos lícito expresar nuestra íntima alegría al ver defendida en España la gloriosa herencia desupasado por hombre que, como el P. Mir, reunen en amigable consorcio la ciencia y la fe antigua, sin dejar por esto de estar en contacto fecundo con las conquistas científicas de los tiempos modernos.

M. P. VILLAMIL.

LA SEÑORITA DE NEUVILLE

NOVELA

DE MATILDE BOURDÓN

(Continuación.)

Este suelo desolado encerraba igualmente algunos edificios mutilados también; una alta torre y esbeltas torrecillas habían desaparecido; una terraza, adornada antiguamente de una balaustrada, de macetas, y en la hermosa estación, de naranjos y granados, hoy servía de corral; los pichones bebían en el agua de lluvia en una urna aportillada, los pollos piaban y picaban sobre las cosas del marmol de Italia, el piso bajo de la antigua morada señorial servía de cortijo; por las ventanas abiertas se veía un gran salón cambiado en cocina, la olla colgaba en la

chimenea de marmol rojo, y los pies, calzados con chanclos, habían echado á perder el pavimento de mosaico; la sala al lado, que antiguamente era el comedor del señor, pieza espaciosa, imponente y de antigua estructura, había sido, por motivo de su boveda, transformada en lechería, un hermoso gabinete octógono, adornado de trofeos y de amorcitos, servía para guardar las simientes; los ramos de ajos y cebollas estaban colgados en el cielo raso esculpido; el tomillo seco, las malvas, las raíces de regaliz formaban guirnalda á lo largo de las elegantes paredes. Delante de la entrada principal, la incuria de los aldeanos habían amontonado un montón de estiércol, donde las gallinas y gallos venían á buscar perlas; se oía el mugido de las vacas, el sordo gruñido de los puercos, dejando su pitanza; una aldeana, que no se parecía á la pastora de Florián, sacaba agua del pozo; una voz chillona, la del ama, gruñía á unos niños llorones, y del fondo de la cuadra, otra voz, la del amo, hablaba con un tono acentuado, que no era el de la mejor sociedad.

El viajero vió todo este espectáculo con una sola mirada, y de pronto, como si una súbita conmoción le hubiera herido el corazón, estuvo como para caerse y se apoyó para sostenerse en uno de los pilares.

Su rostro, pálido y desfigurado, estaba inundado de lágrimas; miraba á su alrededor, y sus ojos se nublaban con nuevo llanto.

La aldeana, que llevaba sus cántaros llenos, pasó delante de él, y le miró; después, poniendo sus cántaros en el suelo, corrió asustada hacia la cuadra, y dijo al labrador:

— Señor, señor, ahí hay un hombre que llora mucho, ¡es menester que usted vaya allí!

XI

UN ANTIGUO AMIGO

El labrador obedeció al llamamiento; corrió, llegó al lado del viajero, sin que éste, sumido en sus pensamientos y en su dolor, lo hubiese oído. El labrador, lo miró con atención, vió una figura noble, un porte altivo, del cual ni una extremada ancianidad, ni una delgadez suma no habían alterado las líneas, los cabellos blancos que los polvos no disfrazaban, un alto talle militar, que llevaba con dignidad un vestido pobre, y sus recuerdos despertándose en su memoria, se quitó su gorra, y dijo con un tono respetuoso y de conmiseración:

— ¡Señor marqués!

El señor de Neuville se enderezó y miró con aire afligido é irritado al mismo tiempo al que le interpelaba.

— ¿No me reconocéis, señor marqués? — dijo el labrador, insistiendo con rústico aplomo.

Yo os he reconocido de seguida: me habeis dado el premio del tiro de pájaros, con una carabina que la tengo todavía... Era en... en... en 87; ya hace mucho tiempo, á pesar de eso os he reconocido.

— ¿Y quién sois?

— Soy Amable Ferrez, el hijo de vuestro colono del Clos-aux-Bœufs. ¿No me reconocéis, señor marqués?

— ¿Y sois vos el que habeis comprado mi hacienda, vos, Ferrez?

— Excusadme, señor; yo, no la he comprado á la Nación; la he comprado después de la muerte de Cristóbal, que se ahogó en la esclusa del molino, una tarde que había bebido. No ha dejado más que deudas, aunque compró buenas tierras por un pedazo de pan; y como yo recogí una pequeña herencia de mi tía, posadera en Frévent, he comprado esta posesión, y puedo decir que la he mejorado mucho.

El marqués echó una mirada de protesta sobre el castillo deshonorado; el astuto labrador lo comprendió.

— Todo esto, señor, no lo he hecho yo; ha sido Cristóbal; ha echado abajo las torres, ha vendido los muebles, los espejos, las tapicerías, todo esto se ha ido á la izquierda, á la derecha, al diablo; pero no por eso ha tenido más éxito: porque el cortijo cuando yo lo tomé estaba en muy mal estado, mientras que ahora tiene que ver; en él no falta nada. ¿Quereis tomaros la molestia de entrar, señor marqués, y refrescaros, ya que habeis vuelto al país?

— ¡Gracias! — respondió el marqués. — No puedo. Solo os preguntaré una cosa: ¿existe aquí ó en los alrededores alguno de mis antiguos servidores, no puedo decir de mis amigos? Mi mayordomo, Vicente, ¿ha muerto, sin duda?

— Perdonad, señor. Vicente vive; está muy casado, pero vive y está en el país; habita en la antigua casa de vuestro guarda, en el fondo del parque.

— ¡El parque, tampoco existe!

— No señor: es un contratista, un ganapán, como

se dice, el que le ha comprado; vende las maderas, ¡magníficas maderas! y lo va á poner en cultivo.

— Hace seiscientos años que ese bosque pertenecía á mi familia.

— ¿Qué quereis, señor? — respondió el labrador revolviendo su gorra entre sus manos. — La fortuna, va y viene.

— ¡Y Vicente vive!

— Lo encontrareis en donde digo. ¿Quereis que uno de los muchachos os conduzca?

— Conozco el camino, gracias, Ferrez.

— Servidor vuestro, señor marqués.

El marqués continuó su camino á través del bosque, otras veces tan hermoso, tan sombrío, hoy todo cortado: semejante á un ejército, de pie por la mañana, fiero, amenazador, y por la noche, extendido inmóvil en un gran campo de batalla. Cortó en diagonal, y mientras que andaba, las escenas lejanas de su juventud parecían levantarse de entre los árboles muertos y el follaje marchito. Allí, entre esas espesuras, venía niño á estudiar sus lecciones, y á buscar en los vallados hermosas flores silvestres para su madre, que la gustaban mucho; ¡su madre, que había desaparecido hacía tanto tiempo! en esa encrucijada, en donde crecían las más hermosas encinas del bosque, cerca de la piedra levantada, que ésta estaba siempre en pie, su padre le había dado su primera lección de caza; él había matado un día de invierno un lobo en este empalme del camino, le parecía ver aun al animal corriendo sobre la nieve; á la vuelta de sus primeros viajes en el mar, había saboreado el encanto de los bosques paternos bajo todas estas sombras, y al abrigo de las encinas y de las hayas de la Gaulia, había encontrado mezquinas las palmeras de Egipto y las bananas de la India. Más tarde, ya anciano, había traído á su joven esposa bajo estas bóvedas de verdura, y embriagado de felicidad, le había contado todos los sueños que hacía para ella; su niña, su Carlota, había jugado en estas frondosas alamedas; la había visto allí sentada en la yerba, deshojando las margaritas, ensayando sus primeros pasos sobre el terciopelo del musgo, y dando esos gritos de alegría que el oído de un padre oye siempre con gozo. El bosque no existía ya; su amo volvía, despojado de todos los bienes que habían encantado su vida; le quedaba un amigo: ¿cómo le encontraría, y qué noticias le iba á dar?... ¿Vivían los dos seres más queridos de su corazón?

Se adelantaba lentamente; un horrible latido del corazón le sobrecogía al acercarse á la casa del guarda. Estaba contigua á una antigua capilla dedicada á la Santísima Virgen; y en días muy remotos, esta casa, que se llamaba todavía la Cluse, había servido de morada á un ermitaño de la orden de San Francisco.

Cuidaba la capilla, donde desde tiempo inmemorial, el día de la Visitación, venían en peregrinación los aldeanos, y una señora de Neuville, había fundado á perpetuidad un sufragio anual por el alma de sus terratenientes.

Sin embargo, este piadoso recuerdo no había protegido al pequeño santuario: sus muros de piedra gris estaban aún en pie, pero el techo, abierto, dejaba caer sobre el pavimento la lluvia y la nieve; las vidrieras blasonadas habían sido hechas pedazos; la campana que llamaba á la oración había desaparecido, y las hojas secas tapizaban la piedra mutilada del altar, pedazos de escultura, de ornamentos sacerdotales; fragmentos de relicarios cubrían el suelo. La destrucción parecía de ayer; nada había sido reparado.

¡Qué! — dijo el Sr. de Neuville. — ¡También esta pobre capilla! ¡Nada han respetado!

Al lado de la capilla, separada de ella por un jardincito, se levantaba la antigua casa del guarda, que de lejos parecía un arbusto verde, porque una yedra la abrazaba con sus flexibles brazos y la cubría con sus oscuras hojas desde la base hasta lo más alto de las chimeneas. Las pequeñas ventanas, abiertas en el espeso muro, estaban también oscurecidas por las ramas de las plantas, que formaban por todas partes nudos inextricables; pero la puerta de la casa estaba abierta: daba inmediata entrada á la pieza principal, y el Sr. de Neuville vió, á la luz de un fuego de sarmientos que chispeaba en el hogar, un anciano, sentado, solo, inmóvil, que parecía haber llegado al último término de la decrepitud.

Y sin embargo, un no se qué en la actitud, en el porte; la memoria del corazón, más viva que la de los ojos, le hicieron reconocer á su antiguo amigo. El marqués entró rápidamente, rodeó con los dos brazos el cuello de su servidor, y exclamó con voz vibrante:

— ¡Vicente, Vicente! ¿Me reconoces?

El pálido fantasma se enderezó como Lázaro á la poderosa voz que lo había llamado.

— Señor marqués—dijo él.— ¡Habéis vuelto! Ya lo presumía.

Se echó en los brazos que lo enlazaban, y un arroyo de lágrimas corrió de sus apagados ojos. Vicente estaba ciego: su razón, su memoria parecían sumergidos en ese profundo sueño que en la vejez precede al de la muerte; pero el único afecto que había dominado su existencia acababa de despertar todo: volvía en sí, volvía a tomar posesión de su amigo.

El marqués lo abrazó repetidas veces, derramando lágrimas que no le habían podido arrancar la ruina de su casa; el estado en que encontraba a su servidor decía que habían pasado años desde que se habían separado, y en estos años, ¡qué de sucesos! ¡Qué de abismos! ¡Cuántos misterios!

Quedaron mucho tiempo en silencio.

Vicente tomó primero la palabra.

— Os esperaba — dijo él; — no quería morir sin volveros a ver. No veo, pero os oigo. Sabía muy bien que no habíais muerto.

— ¿Lo han creído, pues? — exclamó el marqués angustiado. ¿Y mi mujer?

Vicente se cubrió el rostro con ambas manos; el marqués le dijo con voz imperativa y temblorosa:

— ¿Dónde está? ¿Ha perecido? ¡Habla, Vicente!

— Vive.

— ¿Dónde está? ¿Y mi hija?

— También vive.

— ¡Bendito sea Dios! Pero ¿dónde están?

— Mi querido amo — y Vicente extendió la mano para buscar la de su amigo — sed hombre, sed cristiano.

— Explicáte.

— Se ha vuelto a casar; vive en París; es la esposa de mi sobrino Marcelo.

El marqués se quedó consternado: todo había caído por tierra, su amor, su energía, las últimas esperanzas que hubiera podido concebir en esta vida: guardó un lúgubre silencio. Vicente pareció reunir todas sus agotadas fuerzas y dijo:

— Tal vez creáis que yo no la he guardado bien, pero creed a vuestro antiguo servidor, que va a morir; he hecho lo que he podido. Os he defendido ausente con todas las fuerzas de mi corazón, pero he sido vencido. Ha pedido el divorcio, no pudiendo probar vuestra muerte. No los he vuelto a ver...

Quería traerme a Carlota; no han consentido, está con ellos. He vuelto aquí; sabía que volveríais al país de vuestros padres, y os esperaba. ¡Ay! Habéis tardado demasiado. ¡Decidme que me perdónais, mi querido amo! ¡He sufrido tanto!

El marqués lo abrazó y exclamó:

— ¿Qué tengo que perdonarte a tí, que tanto me has querido? Pero ella, ella a quien tanto amaba! Es menester ir allí.

— Aquí tiene usted su dirección — respondió Vicente, buscando una cartera escondida bajo sus vestidos. — Todo está ahí; su dirección y mi última voluntad.

Apenas pudo concluir estas palabras: su voz espiraba en sus labios; una palidez cenicienta se extendía sobre su rostro; un choque demasiado violento acababa de romper en él las últimas fibras por las cuales estaba aún asido a la vida. El marqués, asustado, quiso reanimarlo; lo logró, pero la última luz de la lámpara. Vicente buscó la mano de su amigo y la estrechó contra su corazón.

— Estoy contento — dijo; — habéis vuelto. *Nunc dimittis... nunc dimittis...* ¡Jesús, salvadme y bendecidlo!

El marqués le presentó el crucifijo que llevaba sobre su pecho; el moribundo lo agarró con una viva expresión de amor, su cabeza cayó hacia atrás, y su mano helada se desprendió de la de su amigo.

El marqués pasó dos días en esta triste morada, velando el cuerpo del fiel servidor que lo había esperado; el tercer día lo acompañó al cementerio y pidió que lo pusieran en un rincón, en el cual había sitio para dos tumbas.

El notario del pueblo, a quien le había entregado el testamento, le informó que él era el único heredero de la pequeña fortuna de Vicente.

«Al marqués de Neuville — decía este escrito — lego todo lo que poseo; a la señorita Carlota de Neuville, que vive en París, en la casa del general Marcelo Vicente.»

XII

LA ESPOSA Y LA HIJA

En tiempo del Consulado, el noble barrio de San Germán, con sus grandes y suntuosos hoteles, estaba muy abandonado, y las nuevas fortunas, nacidas de un nuevo sistema social, buscaban para su lujo y su elegancia, barrios aún inexplorados; alrededor de la plaza Vendôme, era donde se debía levantar más tarde el soberbio monumento de las glorias imperiales, allí brillaban los más altos personajes del ejército, de la magistratura de la riqueza, allí, era donde se levantaban todos los días magníficas moradas, destinadas a los cortesanos de las Tullerías y de la Malmaison; estos eran los brillantes barrios que visitaban los extranjeros venidos a París por el tratado de paz, tan bien acogido y que debía ser tan efímero.

En medio de la calle del barrio de San Honorato se veía un hermoso palacio; la blanca fachada estaba adornada con columnas dóricas, que soportaban un cornisamento esculpido en el que Victorias tendidas sostenían un broquel. La puerta cochera conducía a un espacioso patio, adornado con jarrones de mármol, y una escalinata de tres gradas llevaba a las visitas al vestíbulo, en el cual estatuas antiguas agrupadas entre grupos de flores raras le daban un aspecto elegante y severo. Un portiere hecho de una alfombra de Esmirna dejaba ver por debajo de sus espesos pliegues, unos cuantos salones diferentes, preparados para las grandes fiestas, para las reuniones más íntimas, y que se terminaban por un delicioso gabinete, cuyas puertas ventanas daban a un frondoso jardín. Allí reinaba el lujo que los conquistadores de Italia habían tomado de la antigua civilización; los muebles de limonero incrustados de ébano, las arañas de bronce, los jarrones de alabastro, tenían formas correctas y puras únicamente, espejos inmensos, colgaduras, los cojines de seda azul de los sofás, el reloj representando la casta Polymnia con su ancha vestimenta, recordaba las artes y el lujo moderno.

En la pared, sobre una piel de pantera, estaba suspendida una panoplia de armas egipcias, despojos de guerra, y cuatro bellísimas miniaturas, firmadas Isabey, adornaban la chimenea. Ofrecía la primera la figura marcial de un hombre de treinta y

dos años, de uniforme de general, y aún mejor adornado por la cicatriz que surcaba su mejilla que por las estrellas de sus charreteras; en frente de él, se veía la imagen de una mujer de la misma edad, bella, sonriente y adornada; una diadema de perlas orlaba sus negros cabellos y parecía ceñir sus hombros una magnífica manteleta de punto de Inglaterra; dos retratos de niños, varón y hembra, pareciéndose al padre y a la madre, completaban esta galería de familia.

Al lado de la chimenea, donde brillaba un fuego claro, había un bastidor, y de pronto una joven de diez y seis a diez y siete años subiendo del jardín, se sienta, toma su aguja y se puso a trabajar con atención. Esta joven, alta, esbelta, hubiera atraído las miradas en medio de las fiestas de una corte por su hermosura suave y melancólica, tenía el rostro ovalado, la frente noble, los ojos adornados de grandes párpados como se ven en las vírgenes de los pintores antiguos; pero parecía que un pesar secreto había marchitado el carmín de sus mejillas, apagado la luz de sus miradas, doblegado su cuello flexible, dando a toda su fisonomía un aspecto de tristeza incomparable. Estaba vestida con elegancia, un traje de seda gris perla hecho a la griega señalaba su talle; pero a pesar de la moda del día, sus brazos y sus hombros estaban modestamente tapados, llevaba en el cuello y en las orejas corales trabajados con gusto, y en su brazo derecho una pulsera muy sencilla cuyo medallón encerraba una cruz de San Luis.

Era Carlota; Carlota, electa cristiana, que en la casa de su madre en medio de los esplendores y de las fiestas, lloraba a su padre y vivía por una sombra ausente y siempre querida.

JEROGLIFICO



La solución en el número próximo.

SOLUCIÓN AL JEROGLIFICO DEL NÚMERO 10

Una carta de recomendación hace la suerte de una familia.

Los recibe la Sociedad general de Anuncios de España
calle del Príncipe, 27, Madrid.

ANUNCIOS

En París, los recibe la AGENCIA HAVAS
Plaza de la Bolsa, núm. 8.

COMPAÑÍA COLONIAL
Roma 1864

MEDALLA DE ORO.

CHOCOLATES PREMIADOS POR SU SANTIDAD PIO IX

Depósito general. Calle Mayor, núms. 18 y 20.
Sucursal..... Calle de la Montera, núm. 8.

PARA EL CULTO DIVINO
EN LATON BARNIZADO Y PLATEADO

Atriles.	Cetros.	Hisopos.	Navetas.
Calderillas.	Ciriales.	Hostiarios.	Sacras.
Candeleros.	Cruces.	Incensarios.	Varas (pálio).
Campanillas.	Custodias.	Lámparas.	Vinageras.

Cáliz y copones, copa de aluminio, con baño de oro fino.

Manuel Garcia, Atocha, 45, Madrid.

MÁS DE UN MILLON DE PURGAS EN UN AÑO
CON LA ACREDITADA
AGUA DE LOECHES (La Margarita)

Prueba la general aceptación de un específico sin rival para las escrófulas, herpes, sifilis, úlceras, desórdenes de la menstruación, flujo blanco, infartos de la matriz, erisipelas, letericia, malas digestiones, estreñimiento pertinaz, etcétera. Venta del agua en botellas en todas las farmacias y droguerías principales. Depósito central y único en España, JARDINES, 15, bajo, donde se abonan cuatro cuartos por cascos. — IMPORTANTE: Esta agua, premiada en todas las exposiciones donde se ha presentado, ha obtenido medalla de oro, premio superior concedido en la exposición especial botanológica de Frankfurt Alemania, cuyo jurado se compoñía de los mismos doctos demanantiales de aquel país, rindiendo así justo tributo a este de España, que está considerado como el primero en su clase en el mundo y sin rival por todo el protomedicato.

NOVÍSIMO AÑO CRISTIANO
Y SANTORAL ESPAÑOL

obra a que han concedido su aprobación y bendiciones los Eminentísimos Señores Cardenales y Excelentísimos Señores Arzobispos y Obispos de España, que también se dignan colaborar en ella: escrita además por nuestros primeros escritores católicos, así sacerdotes como seglares, bajo la censura del

REVERENDO PADRE D. FIDEL FITA, S. J.
Publicada con la aprobación de la Autoridad Eclesiástica.

Esta obra, escrita con un criterio superior a todos los AÑOS CRISTIANOS y SANTORALES publicados en España hasta el día, llena de erudición y preciosos datos históricos y críticos, es del mayor interés para todos los buenos católicos, y principalmente para los Sres. Sacerdotes dedicados a la cura de almas y a la predicación. Además de la oración, epístola y evangelio propios del día, se dan meditaciones ó reflexiones sacadas del repertorio de nuestros mejores clásicos, tales como Santa Teresa, Rivadeneira, los tres Luises, de León, de Granada y de la Fuente, etc. Constará de doce tomos en folio mayor, de excelente papel y clara aunque compacta impresión a dos columnas, repartiéndose por cuadernos a 24 páginas, con una lámina grabada en acero, litografiada ó oleográfica, copiando, siempre que sea posible, los mejores cuadros de los grandes artistas españoles ó monumentos referentes a los mismos Santos. El precio de cada cuaderno, que contiene la lectura de un tomo en 8.º, inclusa la lámina, a pesar del gran lujo de la edición será sólo de UNA PESETA CINCUENTA CENTIMOS; de modo que, repartiéndose a lo más cuatro cuadernos mensuales, el gasto de cada mes podrá ser a lo sumo SEIS PESETAS.

Se admiten suscripciones en las oficinas de la casa editorial de D. Modesto Riera y compañía, PELIGROS, 20, Madrid, y en las principales librerías y administraciones de los periódicos católicos.

En ella, la juventud había sucedido á la infancia, las circunstancias exteriores de su vida habían cambiado, el lujo había reemplazado á la pobreza, un padrastro joven, brillante, caballero, esposo querido de su madre, y amigo respetuoso para ella, protector tierno, había reemplazado al anciano Vicente; todo se había transformado, pero ella era la misma. Su alma había conservado como un bronce sólido, la primera impresión; vivía sometida á su madre, deferente con su padrastro, pero profundamente indiferente á los espectáculos de esplendor y de riqueza que se deslizaban ante sus ojos, y guardando en el fondo de su corazón, en el íntimo santuario, el pesar y el culto de lo pasado; debajo de la cruz de San Luis había grabado con la punta de una aguja, estas palabras que eran la divisa de su vida: «Dios y mi padre.»

Trabajó mucho tiempo sola: su mano ligera volaba sobre el raso, bordaba sobre una especie de caliz los emblemas de la Pasión, este ornamento estaba destinado para la capilla de San Bartolomé, en donde fiel á sus creencias y á sus costumbres continuaba oyendo la misa. Además no trabajaba sino para los pobres y para las iglesias, y trabajando rezaba. Se oyó un paso ligero. Carlota levantó la cabeza y saludó con una sonrisa á su madre que entraba viva y risueña. Echó sobre una silla su pañolón de cachemire,

TIPOS NACIONALES.



RONCALESES.

se quitó su sombrero arregló un poco el edificio de su peinado, y dijo: ¡He hecho todas mis diligencias por fin! después del almuerzo en la Malmaison, he hecho mis visitas y mis invitaciones para nuestra pequeña fiesta del jueves próximo; creo que será muy bonita; un concierto, una cena, algunos rigodones para las muchachas y para los jóvenes oficiales, vendrá la hermosa señora Leclerc, me lo ha prometido; es un adorno esta hermosa fisonomía, y después muchos más, todos nuestros amigos y amigas: Te he mandado hacer un precioso vestido de crepón rosa... te lo pondrás por mí...

—Mamá, dijo Carlota, te lo suplico, dispénsame de que asista á esa reunión sabes que nada me desagrada tanto...

—¿Estarás siempre triste, Carlota?

—Lo temo, madre mía.

—Pero tu tristeza es como una censura para mí.

(Se continuará.)

Ha fallecido en Hinojosa del Valle, la señora Doña María González Vera, esposa de nuestro querido amigo y constante suscriptor D. Andrés Galán Romero.

Rogamos á nuestros lectores que la encomienden á Dios.—R. I. P.

TIPOGRAFÍA GUTENBERG
á cargo de M. Salamanqués
Calle de Villalar, 5.

LA ILUSTRACIÓN CATÓLICA

REVISTA DE CIENCIAS, LITERATURA Y ARTE CRISTIANO

DIRECTOR, DON MANUEL PÉREZ VILLAMIL

PROPIETARIO, D. MODESTO RIERA.

Se publica desde su SEXTO VOLUMEN en DOCE PÁGINAS, conteniendo treinta y seis grandes columnas de texto, perfectamente impresas é intercaladas con interesantes grabados artísticos y de actualidad.

Sale á luz los días 5, 15 y 25 de cada mes. A pesar de los excesivos gastos que las reformas introducidas en esta publicación nos ocasionan, constantes en la idea de satisfacer la imperiosa necesidad que se deja sentir en el seno de la familia española de una publicación de esta índole que proporcione grato esparcimiento al par que instructivo recreo, hemos procurado (y creemos haberlo conseguido) que su adquisición continúe al alcance de todas las fortunas, de manera que pobres y ricos puedan, sin sacrificios, poseer esta elegante Revista.

Puntos de suscripción

MADRID.—En la Administración de LA ILUSTRACIÓN CATÓLICA, calle de Peligros, núm. 20, segundo. En las principales librerías y por medio de los repartidores.

PROVINCIAS.—En casa de los Sres. Corresponsales de la Empresa.

Los Sres. Suscritores de provincias que prefieran entenderse directamente con la Administración, deberán remitir el importe de sus abonos en libranza del Giro Mútuo ó en letras de fácil cobro. También pueden remitir el importe en sellos de franqueo, pero éstos han de ser precisamente de comunicaciones.

PUERTO-RICO.—D. Celestino Díaz.

HABANA.—D. Juan Rivero, Muralla, 33, librería.

FILIPINAS.—Imprenta del Real Colegio de Santo Tomás de Manila, Sr. D. Gervasio Memije.

Ayuntamiento de Madrid